**ANTOLOGÍA
ADO GL 3**

Lee mientras viajas

© Sealtiel Alatraste, Rosa Beltrán, Lydia Cacho, Marco Antonio Campos, Laura Esquivel, Francisco Haghenbeck, Adriana Malvido, Elmer Mendoza, Jorge Moch, José Emilio Pacheco e Ignacio Solares.

Ésta es una publicación de ADO y Empresas Coordinadas, S.A. de C.V. y Para Leer en Libertad A.C.

www.brigadaparaleerenlibertad.com
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez
Diseño de interiores: Daniela Campero

© De la edición: ADO y Empresas Coordinadas, S.A. de C.V. y Para Leer en Libertad A.C.

Editor: Para Leer en Libertad A.C.
Atlixco 163, Col. Hipódromo Condesa, Delegación Cuauhtémoc,
C.P 06170, México, DF.

Octubre 2011
Primera Edición
ISBN en trámite

Coeditor: ADO y Empresas Coordinadas, S.A. de C.V.
Calzada Ignacio Zaragoza número 200, Colonia Siete de Julio,
Delegación Venustiano Carranza, C.P. 15390, México, DF.

Octubre 2011
Primera Edición
ISBN en trámite

PRESENTACIÓN

Es un gusto para ADO GL y Para Leer en Libertad AC, el lanzamiento de la tercera Antología, parte del programa “Lee mientras viajas”. Se trata de una pequeña aportación, producto del esfuerzo de dos organismos trabajando juntos para ofrecer una alternativa cultural de entretenimiento a los pasajeros que hoy viajan entre la Ciudad de México, Puebla y Jalapa, utilizando los servicios de ADO GL y ADO Platino.

Esperamos que las ediciones anteriores hayan sido de su agrado. Una vez más, les ofrecemos una selección de historias y poemas de once autores, que esperamos disfruten.

Lic. Ignacio Montero Rodríguez.
Gerente Comercial de Servicios de Lujo.

Paloma Saiz Tejero
Para Leer en Libertad, A.C.

ÍNDICE

Sealtiel Alatríste

VERDAD DE AMOR 11

Rosa Beltrán

VACACIONES AMOR POR LA FAMILIA..... 19

Lydia Cacho

MEMORIAS DE UNA INFAMIA (Introducción)..... 27

Marco Antonio Campos

LAS GARRAS DEL HALCÓN y 22 DE SEPTIEMBRE DE 1985..... 35

Laura Esquivel

BENDITA REALIDAD..... 55

Francisco Haghenbeck

...Y EL OVNI CAYÓ O EL EVENTO DE ROS. HUELITLÁN..... 61

Adriana Malvido

EXPERIENCIA EN TOKIO..... 75

Elmer Mendoza

EL CASO DE MARLENE STAMOS, ZONA DE DERRUMBES E YTSÉ..... 81

Jorge Moch

CUANDO LA MATI SALIÓ DEL CLÓSET 84

José Emilio Pacheco

TENGA PARA QUE SE ENTRETENGA..... 93

Ignacio Solares

LA INSTRUCCIÓN..... 107

VERDAD DE AMOR

SEALTIEL ALATRISTE

“No me lo va a creer, amigo mío”, me dijo con la mirada turbia, bebiendo a pequeños sorbos de su copa, “pero debo ser uno de los pocos privilegiados que han visto desnuda a María”. Como siempre, me sonreí y le di unas palmadas en el brazo. Él detuvo mi mano y con mucha seriedad me pidió que por favor le creyera. “No ha sido gracioso, el duende de María, que no ella, me ha perseguido toda la vida.”

Todo había sucedido hacía unos doce años, cuando Chema y María estaban por cumplir los veinte; para más datos, durante el verano del treinta y cuatro, cuando él se trasladó a Guadalajara para probar fortuna como periodista y estudiar Letras en la Universidad del Estado. Ya fuera por uno de sus frecuentes líos de faldas, ya porque no aguantaba más las presiones constantes de su familia para que no abandonara su carrera de abogado y se dedicara a la literatura, su vida había entrado en un periodo de zozobra del que quiso escapar fugándose de su natal Silao.

Ya en Guadalajara se inscribió a la Universidad y rentó un departamento en la calle de Pedro Moreno, hacia el seiscientos más o menos, con la firme intención de olvidar su pasado pueblerino. Ahí tuvo de vecina a una

mujer espigada, altiva, muy guapa, que con el tiempo sería una de las luminarias del cine nacional. Entonces, María de los Ángeles, como efectivamente se llamaba, era una bella desconocida que había trastornado la apacible vida de los vecinos de la calle de Pedro Moreno. Si estaba casada o no, era cosa sin importancia, pues hacía vida marital con un interfecto (que para todos era un crápula) como si nada.

Lo que para todos fue motivo de sueños indecentes, pero sin consecuencias en su vida personal, para Chema fue prácticamente el derrumbe de sus ilusiones (o el nacimiento de ellas, como se quiera ver), ya que en el silencio de su habitación, sin haber conocido nunca a María, sin haber cruzado una sola palabra con ella, se había enamorado perdidamente de los secretos que escondía su cuerpo alabastrino, de gladiolas perfumado, pues cada noche de aquel otoño definitivo vio la consumación de un ritual que le trastornó la cabeza para siempre: llegaba de madrugada, agotado de corregir galeras en el periódico donde trabajaba para financiar sus estudios, con el tiempo justo para ver a María desvestirse, pausadamente, en el recuadro de una de las ventanas del otro lado de la acera.

Era casi una escena de cine mudo. Chema —bocuiabierto, las manos sudorosas, la piel crispada— la veía aventar sus prendas íntimas a un macetero, para continuar, frente al espejo, con morosas caricias a sus senos y pubis. A lo lejos, curiosamente, se oía el sonido apagado de un saxofón que tocaba un *dixieland* criollo. Chema, que con el tiempo la vería representar a muje-

res engalladas, a tiranas apocalípticas, a celebridades despechadas, a un sinfín de soldaderas, y que durante muchas noches la soñaría interpretando los papeles más extraordinarios de la historia del teatro, se llenaba de ilusiones mientras María actuaba la única escena que reservó para su intimidad.

“Así la vi todas las noches”, me dijo Chema, sentado en una de las mesas del salón Singes, con el nudo de la corbata a un lado del cuello, la camisa desabrochada y haciendo un gesto con la mano como si estuviera, en ese momento, viendo la ventana encendida frente a la suya. “Se deshacía paulatinamente de todas sus prendas y las aventaba a un macetón lleno de flores de papel maché —coloradas, verdes y amarillas— convirtiéndolo en una naturaleza muerta con pasiones encendidas. Después se paraba frente al espejo para iniciar el sobeteo. Aquella larga espalda tras la ventana, y los senos y el sexo en el espejo, me estaban quitando la voluntad para siempre. Pobrecito de mí, a los mortales no nos está permitido tocar la gloria, mucho menos a un soñador en ciernes como yo. ¿Qué me quedaba, querido amigo?, ¿masturbarme, buscarla y declararle mi amor? Nada, enloquecer y ya. Nadie en mi familia lo va a insultar si dice que soy un esquizofrénico, pues de ahí en adelante no he hecho más que soñar con ella y volverme un esquizofrénico de remate.”

Pero esos momentos de delirio idílico no fueron más que el preámbulo de su tragedia, pues un día, tiempo después de ver y rever la manera como el proyecto de diva saciaba sus deseos, Chema se atrevió a hacer

lo insospechado: saltó al jardín de la casa de María y trepando por una enredadera llegó hasta su recámara. La sorprendió en el ritual de las caricias. Ahí estaba ella, dándole la espalda inmensa, grandiosa, rosada; ahí él, admirando sus nalgas; los dos mirándose a través del espejo. Ella se volvió y lo encaró cubriendo su sexo con una mano y los senos con el antebrazo de la otra; con las rodillas juntas y los muslos frotando el oscuro callejón de sus delicias; el cabello negro desparramado por los hombros y la mirada (un tanto ausente y gelatinosa) puesta en el intruso: toda ella encantada. “¿Quién eres tú?”, preguntó la voz de barítono.

José María Sánchez, alias Lucifer, hizo una mueca cómica, se limpió las manos sudorosas en el pantalón y contestó rápidamente: “No importa mi nombre María, sólo sé que te amo, que he perdido la razón por ti”. Silencio. Zumbido de moscas. Chema no podía apartar la mirada de sus caderas redondas, un tanto oscilantes, un tanto temblorosas: el culo como centro vital de su universo. El cuerpo de ella, entonces, se fue cubriendo de un rubor escarlata, y el vello de su pubis —fino y escaso, tan negro como el de su cabello— se crespó todito, como poseído de un enjambre de deseos pecaminosos; su mirada, en cambio, se heló llena de indiferencia: parecía la mirada de una muerta. Chema trató de avisarse del peligro incierto que tanta belleza le anunciaba, pero siguió adelante, sin compostura alguna: “Quiero hacerte el amor, María, a eso he venido. Todas las noches desde que me mudé a esta calle te veo tras la ventana, observo detenidamente cómo te desvistes, cómo te acaricias... Me has robado el seso”.

Esta poética exposición de sus urgencias, que estaba destinada a inflamar el pecho (y todo lo demás) de María, no consiguió sino hacerla pasar de su pseudo indiferencia a la cólera que hizo famosa muchas de sus escenas: “Vete”, le contestó sin un solo gesto, como si su cara inerte y su cuerpo mohíno se hubieran divorciado; y con un suspiro largo y melancólico, como si estuviera considerando sus conceptos sobre lo que es la vida y la muerte, agregó: “a mí nadie, nunca, va a volver a hacerme el amor”.

“Emitida la declaración de principios”, me dijo mi amigo con voz ya no trémula, pero sí indecisa, a la que dio un descanso de suspenso con un trago del *champagne*, “la escena parece introducirse en la leyenda o volverse calumnia de periodicucho barato”:

María se volvió hacia el espejo para continuar el rito lúbrico de sus caricias, y mientras elevaba el rostro al techo, gimió por el placer solitario que a sí misma se prodigaba. El aire enrarecido del cuarto —apenas iluminado por una luz ambarina, con el aroma de los nomeolvides del jardín repentinamente flotando en todas partes— cubrió el cuerpo de la diva con una pátina que daría forma al mito que José María Sánchez, alias Lucifer, el futuro creador de la columna amarillista de “Cinema Reporter”, iba a perseguir por el resto de sus días, pero él, haciendo honor a la tradición de su familia, se comportó no como el crápula que su padre cree que lo convertirá su vocación periodística, sino como el caballero que su mamacita había querido educar: no hace nada, no mueve un dedo, está tocado en lo más vivo y se queda inmóvil, con los brazos inertes sobre los muslos, admirando solamente

aquel cuerpo perfecto, que ahí, tan real, al desatarse en un murmullo desenfrenado de placer, se empieza a convertir en su fantasma. Chema, sospechando que María no se ha percatado realmente de nada, empezó a caminar de espaldas sin apartar la mirada de su nuevo mito; tenía los ojos enrojecidos y el pelo, prematuramente cano, se retorció en su cabeza como llamas de fuego fatuo. Antes de saltar nuevamente por la ventana ya sabe que su vida rueda por un abismo de nostalgias.

¿Se puede imaginar lo que pudo ser aquello para cualquier hombre? ¿A la María que todo México idealizaría, desnuda, actuando desde entonces su propio personaje? No creo que ni él ni nadie hubiera sospechado en lo que se iba a convertir María con el andar del tiempo, pero una década después, cuando Chema vio su primera película —¿qué otra cosa le quedaba?— decidió perseguir la imagen de su diosa en cualquier cine, aunque fuera de barriada, aunque fuera a representar los papeles más extravagantes (en una de sus muchas obras mediocres) o su interpretación resultara ramplona (pero siempre altiva): a Chema no le interesaba la película, ni la trama, ni la fotografía; el cine era lo de menos y María lo de más; él, hiciera lo que hiciera, la imaginaba repitiendo aquella escena que había representado solamente para él. Muchas noches, a solas o acompañado, se emborrachó hasta decir basta pensando una y otra vez aquella escena de su desnudez.

“Si usted la vio alguna vez, querido amigo”, me comentó Chema, acomodando su plato en la mesita lateral que nos habían dejado los meseros antes de irse, “estará

de acuerdo conmigo en que el suyo era un cuerpo irresistible pero maléfico, que nadie, en su sano juicio, sería capaz de olvidar jamás”.

En su voz había un resto de nostalgia, de envidia incluso, nada más de imaginar que alguien pudiera disfrutar una imagen de María que, estaba seguro, solamente le pertenecía a él. Ese recuerdo, ese desnudo guardado en su memoria, fue su tesoro más preciado.

Salimos de madrugada. La franja naranja del horizonte le daba al Sena una apariencia de melocotón maduro y París entero era como un fantasma al arbitrio de la luz. Dejé a José María Sánchez, alias Lucifer, en la esquina del *Boulevard Saint Michelle*. Antes de despedirse me hizo el comentario más críptico y extraño de aquella noche: “¿Sabe?”, me dijo con una voz apenas audible, “para mi desgracia, María era sonámbula. Como de película muda, ¿no le parece? Estoy seguro de que aquella noche sonambuleaba y no me reconoció”. Calló un momento, bajó los ojos y se quedó mirando el adoquín de la calle, se dio vuelta y lo vi alejarse lentamente, bamboleándose, con la botella de *champagne*, que había insistido en llevarse, colgada de una mano.

VACACIONES AMOR POR LA FAMILIA

ROSA BELTRÁN

MARÍA ALISABA EL CABELLO LUSTROSO de su hija, Nicolás se entretenía con los cangrejos y usted miraba, por primera vez en mucho tiempo, el mar tranquilo frente a sus ojos. Era grato poder estar al fin así, sin hacer nada, descansando sobre la arena. Era grato, digo. Agradable. Pero basta con que usted empiece a sentirse bien para que por algún lado surja la amenaza: entonces sabe que algo terrible va a ocurrirle.

—Bueno, a veces me dispongo a pensar en mi trabajo, por ejemplo.

Sí, piensa en su trabajo y se acuerda del primer día en que llegó estrenando una blanda, indefinible sensación de pánico. Sólo eso. Un miedo que no se justificaba, y a lo mejor debido a eso, un miedo atroz. No tiene derecho al escalafón, le dijeron. Pero usted les contestó que se puede vivir bien sin el escalafón. Incluso, era suficiente con una mesa amplia para cuatro a reserva de que después trajeran los escritorios que hacían falta para que no tuvieran que trabajar tantos compartiendo el mismo espacio. Un miedo terrible. Omnipresente, digo. —Sí, eso. Algún tiempo después llegaron por fin las anheladas va-

caciones. Yo quisiera hablar del mar, si me permite. A usted le gusta mucho el mar. En aquella ocasión estaban además los cangrejos. Siempre le ha gustado ver cómo se esconden, y tapar los agujeros que dejan sobre la arena húmeda. Dicen que en cada hoyuelo se oculta un cangrejo. Esto le gusta.

—Sí.

Esa vez el mar estaba igual que en las postales. Sólo que hacía frío. Soplaban un viento helado, a pesar del sol. María dijo que una cosa así bastaba para arruinarle el viaje, pero usted hizo como si no oyera y le llamó la atención a Nicolás por quitarse las sandalias.

—Sí, eso hice. Pensé que podía lastimarse un pie.

Las cosas marchaban como los cuatro hubieran querido. Los niños también tuvieron sus expectativas sobre el viaje. Anita lo escribió en un diario. “Por fin saldremos de vacaciones. Llevaré el traje de baño nuevo, de lunares rojos y blancos, y un gorrito para el sol, que le hace juego. Llevaré también una bolsita para guardar las conchas.” En cambio María sólo lo pensó: “El mar está hecho de agua con sal. Los niños crecen en una bolsa de agua semejante y las lágrimas son agua que sabe a sal”.

—María, mi mujer, es muy melancólica, con cierta tendencia a la depresión. Es fatalista, ¿sabe?

Pero es su mujer.

—Sí, es mi mujer.

Esa vez las cosas marchaban como los cuatro hubieran querido. Sólo que alguien tenía sed.

—Sí, era María. Siempre está llena de necesidades. Y usted le trajo una limonada. También a los ni-

ños. Sólo que encontró a Nicolás cubriendo un cangrejo con un puñado de arena. Usted se enfureció. Nicolás lo había enterrado y se había puesto a brincar sobre él. A medida que lo regañaba crecía más el deseo de pegarle, de sacudirlo y gritarle aún más. Cada vez más fuerte.

—Pero María me detuvo.

Y usted le dijo que estaba echando a perder al niño. Entonces deseó que en verdad se echara a perder. Lo imaginó: alto, fuerte, dieciocho años; Nicolás escupiéndole a usted en plena cara. Realmente lo disfrutó. También en eso había fracasado María.

—Sí.

Sin embargo, le dio usted un beso conciliador.

—Traté de besarla, pero le unté un poco de arena en la mejilla. ¿Sabe? María no soporta la arena pegada en su piel.

Dijo que era usted muy torpe.

—Sí, me lo dijo otra vez.

Apenas lo había dicho, caminó en dirección opuesta a usted, se sentó sobre una roca y comenzó a mover despacito un pie dentro del agua. Estaba pensativa.

—María es un poco melancólica.

Susceptible.

—¿Cómo dijo?

Susceptible.

—Sí. Susceptible a los derrumbes. Esa vez las cosas marchaban como los cuatro hubieran querido. María se ocupaba de los niños, ¿ya lo dije?, usted contemplaba el mar. Era la tercera vez que María pre-

guntaba si no podría asolearse nunca, pero usted hizo como si no oyera y la dejó levantarse a inflar la llanta de plástico de los niños.

—Sí, luego la vi subir a Anita sobre la llanta y mirarla un rato; mirarla brincar olas.

Pero las olas la tiraban. Anita chillaba y se quejaba cada vez.

—Sí, María se quejaba también, quería estar sola, asolearse en paz, dijo.

Por eso usted apagó el cigarrillo en la arena y se dirigió hacia donde estaba su pequeña hija. El agua estaba fría; lo hizo estremecerse, pero usted no pensaba en otra cosa que en sacar a su hija porque estaba varada. Una vez que la hubo sacado de entre el agua y la arena, la observó.

—Sí.

Lloraba de un modo horrible, presa del susto. A usted también le dio un poco de miedo; imaginó a Anita ahogada, flotando como una claraboya.

—Sí.

Pero le dio también coraje. Sobre todo eso. María se las arregla muy bien para desentenderse de los niños.

—Sí. En realidad el temor surgía de haberme dado cuenta que estaba deseando que Anita se hubiera ahogado; imaginé la cara demudada y atónita de María al ver a Anita pálida, muerta por su negligencia. En verdad, lo deseaba realmente.

Pero una ola repentina lo hizo volver a escena. Anita no estaba muerta, María se asoleaba con tranquilidad en la playa después de haberse cerciorado de que

todo estaba en orden y usted trataba de calmar el llanto histérico de su hija.

—Sí.

La zarandeó.

—Sí.

También le apretó los bracitos. Muy fuerte. Le dijo que para eso se reventaba uno trabajando. También le dijo que le había arruinado las vacaciones.

—Sí, que nos las había arruinado a todos, sin remedio. Después la obligué a callarse de una vez. Sólo le quedó el hipo.

María lo llamó, furiosa. Le dijo que ahora podía sentirse satisfecho, inflado como globo. Pero usted, sin hacer caso, se dirigió a Nicolás, lo tomó de los hombros y lo invitó a jugar.

—Sí.

Casi lo obligó.

—Sí.

Pensó que de ese modo Anita sentiría celos de su hermano y unas ganas enormes de correr a abrazarlo a usted.

—No; en realidad lo hice para que se sintiera más culpable.

Usted la ignoró y en cambio se puso a corretear a su hijo por la playa; jugaban y reían alegremente. Nicolás le arrojaba un disco y usted se lo devolvía. Era divertido.

—En absoluto.

¿Cómo dice?

—En realidad fue divertido porque al vernos, Anita se sentía más y más culpable; pero cuando dejó de inte-

resarse por mirarnos y se empezó a entretener escarbando un hoyo, el juego se volvió aburrido.

Aunque después de todo, las cosas no marchaban muy distinto de lo que los cuatro hubieran querido. Hacía frío, sólo un poco, y el viento agitaba la arena en pequeños remolinos. Sin saber por qué, usted se levantó, volteó hacia donde estaba Nicolás; lo vio construir una carretera sobre la arena húmeda y comenzó a andar en dirección opuesta. Apenas pudo oír la voz de María preguntando “a dónde vas”, o ver los ojos de los niños mirándolo alejarse. Siguió caminando, la familia se volvía un puntito distante. Desaparecía.

—Sí.

Entonces pensó en María llorando. No; reparó en que podía llorar.

—Sí.

De hecho. María estaría llorando. Era sólo un presentimiento, pero bastaba para hacerlo sentir bien. Más que un presentimiento, era un deseo. Un enorme deseo de ver a María llorando.

—Sí.

La visión era realmente hermosa: las clavículas echadas hacia adelante, la barriga lacia. Las lágrimas.

Lágrimas contribuyendo a fijar un rostro viejo para María, surcando nuevos cauces. María luciendo con descaro una impotencia nueva, dejando caer las lágrimas...

María trata de tapar el sol con un dedo, quiere detener el llanto, cambiar el mar de sitio, vaciarlo con un trozo de caracol. Decididamente piensa ahogarse en llan-

to; pero no, ahora quiere corregir inútilmente el curso de ese camino de sal de sus ojos que lo están mirando con rencor... Y es evidente que usted está dispuesto a comenzar de nuevo.

—Sí, es agradable estar así, sin hacer nada, frente al mar...

MEMORIAS DE UNA INFAMIA (Introducción)

LYDIA CACHO

Cuando en 2003 las primeras niñas se atrevieron a denunciar a sus verdugos ante los tribunales no podían adivinar la pesadilla que se les vendría encima. Sabían que ponían en riesgo su vida, pero nunca pensaron que serían acosadas ferozmente no sólo por sus victimarios, sino también por las autoridades y tribunales que, en teoría, deberían protegerlas. Unos meses más tarde, cuando no tenían más alternativa que regresar a continuar siendo “carne de cañón” de los abusos de Succar Kuri o perder la vida, se refugiaron en el centro de atención a víctimas que dirijo, CIAM Cancún A.C. Las autoridades que les ayudaron en un inicio las habían traicionado y nada se interponía entre ellas y las amenazas de muerte de los hombres de poder a quienes habían desafiado.

Una mañana de abril de 2004, ya en el refugio, una pequeña de once años me tomó de las manos y con el rostro desencajado y mirada interrogante inquirió: “¿Verdad que tú no vas a dejar que nos hagan más daño?” La respuesta que le di cambió mi vida. Para aquella época me quedaba claro que se trataba no sólo de los delitos de un viejo vicioso, sino también de una verdadera red de po-

der. Aunque no podía anticipar todas las implicaciones, intuía que la única manera de proteger lo que quedaba de estas niñas y niños con una vida truncada era llevar ante los tribunales y eventualmente a la cárcel a los culpables. Sabía que sería una cruzada larga y accidentada y que incluso entrañaba el riesgo de perder la vida. Todavía lo creo; pero todo en la vida me había preparado para dar una sola respuesta ante la indefensión de las menores: cumplir la promesa de nunca abandonarlas.

Lo que ha sucedido en los años subsiguientes es el resultado de aquel instante en que esos ojos nubiles me hicieron responsable y me convirtieron en el último recurso de un puñado de menores de edad abandonadas a su suerte.

Escribí el libro *Los demonios del edén* (Grijalbo) como un recurso desesperado para evitar la fuga e impunidad del pederasta que estaban a punto de consumarse. Para entonces se habían agotado las denuncias ante tribunales y los exhortos a la opinión pública. Autoridades estatales habían permitido la fuga de Succar Kuri y, aunque fue detenido en Estados Unidos, los jueces de aquel país carecían de elementos para retenerlo en prisión y posteriormente extraditarlo. La maquinaria del poder que apoya al pederasta se había movilizad para impedir el envío de todas las pruebas que podían sustentar la extradición: sin ellas, resultaba inminente la liberación del detenido.

La publicación de *Los demonios del edén* resultó clave para activar el proceso. La difusión que recibió el libro y las entrevistas que lo acompañaron en los medios

de comunicación permitieron denunciar la pasividad delictiva de las autoridades. La indignación de la opinión pública frente al caso del “pederasta de Cancún” obligó a la Procuraduría de Justicia a entregar al juez Duncan, de Arizona, las pruebas numerosas y contundentes, hasta entonces retenidas, que meses después permitirían a los tribunales mexicanos enjuiciar a Succar.

Las represalias no se hicieron esperar: muchos hombres de poder no deseaban un juicio público a Succar Kuri; además de pederasta, el hotelero de origen libanés fungía como presta-nombres —para lavado de dinero— y socio de personajes con enorme influencia en la sociedad mexicana. Lo demás es una historia aparentemente conocida.

El 16 de diciembre de 2005, siete meses después de la publicación del libro, fui detenida por órdenes del gobernador Mario Marín, en colusión delictuosa con el empresario textil Kamel Nacif, bajo la acusación de éste último de haberlo difamado al presentarlo como uno de los protectores del pederasta. La detención, plagada de arbitrariedades y abusos, y el traslado a Puebla en medio de amenazas de muerte y tortura demostraron que se trataba de una represalia por haberme atrevido a desafiarlos y exhibirlos, pero también era una manera de evitar que lo siguiera haciendo: la “justicia” de Puebla había sido comprada para asegurarme cuatro años de cárcel.

Unas conversaciones telefónicas entre Kamel Nacif y el gobernador Mario Marín divulgadas dos meses después de mi detención muestran claramente la forma como el poder del dinero y el poder político se entrelazan

para protegerse y reproducirse. Las llamadas de Kamel Nacif a varios gobernadores y al líder de los diputados priistas, Emilio Gamboa, revelan los alcances de estas redes de poder. A lo largo de tres años he recibido amenazas, un atentado, la traición de abogados amedrentados o comprados y la utilización de todos los recursos jurídicos para agotarme física y financieramente. He sido testiga de la violación de prácticamente todos los procedimientos judiciales: del robo de una computadora de la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) con testimonios exclusivos, de la desaparición de pruebas y de la corrupción de jueces.

Salvé la vida y mantuve la libertad gracias a la movilización de la opinión pública y al apoyo de colegas periodistas y en general de los medios de comunicación. Mi historia, que no es sino la extensión de la historia de las niñas victimizadas, pudo ser la misma que la de muchos mexicanos y mexicanas que todos los días padecen en el anonimato los golpes e ignominias de una sociedad injusta y arbitraria. Todos los días se viven tragedias de igual o mayor magnitud que violentan los derechos y los cuerpos de personas que carecen de voz y visibilidad pública. Diversas circunstancias se conjugaron para que los delitos de Succar Kuri, Kamel Nacif y el gobernador Mario Marín se convirtieran en hechos públicos y ocuparan un lugar en el museo de infamias públicas de México.

Siempre he creído que la o el periodista nunca debe convertirse en personaje de sus investigaciones, por ello evité hablar de mí en *Los demonios del edén*, sin embargo me atrevo a escribir esta historia porque sólo

se conoce parcialmente y es imprescindible que se conozca completa: primero, porque sólo ha trascendido a la luz pública una pequeña porción de los oprobios que el poder ha desencadenado en contra de las víctimas y de las personas que las defendemos y les damos voz. Exhibir la manera como el gobierno de Puebla ha volcado los recursos del Estado para acallar la denuncia y sacrificado toda consideración ética para salvar el cuello de un gobernador, o la forma como el gobierno federal priorizó sus alianzas políticas con la corrupción, tienen un valor documental y periodístico evidente. En ese sentido, el presente libro constituye un testimonio excepcional porque hace un retrato infraganti de lo que muchas y muchos mexicanos padecen sin tener la posibilidad de denunciarlo o demostrarlo.

Segundo, porque ser sobreviviente es un hecho que entraña responsabilidades. Más que por méritos propios, las circunstancias de la vida me han dado la posibilidad de atisbar la peor cara del monstruo y me han colocado en posición de revelarla en su más salvaje dimensión. La historia de mi patria es la tragedia de millones de hombres y mujeres cuya esperanza fue aplastada por la implacable realidad del poder político y criminal corrupto. Es una historia recurrente en tanto sigamos siendo un país sin memoria. Durante siglos hemos aceptado negociar nuestra dignidad, a cambio de que las hienas nos permitan subsistir entre la tinta y el papel, entre la vida y la muerte, entre la credibilidad y el desprestigio paulatino.

Y tercero, escribo este libro para que no prevalezca, como es usual, la versión de los poderosos, de los que siempre ganan. No han podido desaparecerme, pero han intentado —y lo seguirán haciendo— destruirme públicamente. Con sus recursos y presupuestos, sus concesiones y tráfico de influencias, buscarán aplicarme “la segunda muerte”. Hace algunos meses la defensa de las niñas abusadas era una cruzada legítima y loable ante la ignominia de unas grabaciones aberrantes; hoy, cuando los poderes deben tomarse la foto con Mario Marín y negociar las reformas con Emilio Gamboa, mi causa y yo nos hemos convertido en una agenda incómoda. Incapaces de hacerme callar, lo único que les queda es desprestigiar a la mensajera y desvirtuar el mensaje. En ese sentido, “Memorias de una infamia# es una garantía para que la verdad prevalezca, cualquiera que sea el desenlace de esta historia.

Poco antes de ser asesinada, la defensora de derechos humanos Digna Ochoa me dijo que se sentía tranquila porque la autoridad sabía muy bien quién deseaba su muerte o su desaparición; es decir, el costo de liquidarla sería alto porque su muerte no quedaría impune; sin embargo, no fue así. Hoy Digna está oficialmente “suicidada” como resultado de investigaciones viciadas y de la fabricación de versiones destinadas a enlodar su reputación. Yo pretendo seguir viva y haré uso de todos los instrumentos que tenga al alcance para lograrlo; pero si no fuera así, en aras de las causas en que creo, es importante documentar los móviles y a los autores.

En el expediente “Lydia Cacho” se consignan las vicisitudes de una periodista y activista social, pero en realidad se trata propiamente de un actor colectivo. En el fondo, “la causa Lydia Cacho” es el mote para designar el trabajo y el sacrificio de muchas personas: en primera instancia, de mis colegas del CIAM Cancún, una veintena de mujeres y hombres que han padecido conmigo amenazas y desvelos para proteger a las víctimas. Sin duda, también es un puñado de periodistas valientes, cuya generosidad impidió el triunfo de las campañas de distorsión o de silencio de las redes de poder. Igualmente, es encomiable el valor de algunas y algunos funcionarios, legisladoras, abogadas y abogados y jueces honestos que se jugaron el puesto en defensa de sus convicciones.

Nunca fui a la escuela de periodismo, pero durante casi dos décadas he estudiado y ejercido esta profesión. Como todo aprendiz, leí al gran maestro Ryszard Kapuscinski, quien dijo: “A menudo, cruzar una frontera resulta peligroso y es algo que puede costar la vida. En Berlín hay un cementerio de gente que no lo logró”. Me atrevo a parafrasearlo y decir: México es un cementerio de gente que no logró cruzar la frontera por defender la verdad, esa verdad que creímos que eventualmente nos liberará del ignominioso poder de un puñado de dueños del Estado corrupto. Con este libro, que pongo en sus manos, cruzo la frontera con mis recursos: la verdad, la palabra y la prueba.

Cancún, octubre de 2007.

LAS GARRAS DEL HALCÓN

MARCO ANTONIO CAMPOS

Acababan de emparejarseles en la parte alta de la séptima y última entrada: Caballos 4- Guerreros 4. Víctor Ávila, el *pitcher* de Caballos, ya había sacado el primer *out* al ponchar al primero en el orden de Guerreros. Tras Fernando Lozano esperaba turno Sergio Montañés. Fernando vio venir una recta rápida, la midió, chocó el *bat* contra ella cargándole toda la fuerza de los brazos, los hombros y la espalda, sintió un raro placer por la intensidad del contacto, va a irse, pensó, tiene que irse, y la pelota empezó a elevarse por el jardín izquierdo, superó la barda, los anuncios, oía gritos y gritos y gritos desde las tribunas y el *dogout*, familiares y amigos y partidarios daban saltos, se abrazaban, algunos lloraban de contento, Fernando ya iba para la tercera base, abría los brazos, tocaba el cojín de la tercera, era la dicha, la dicha absoluta, y cuando vio al *manager*, al *coach* y a los compañeros en fila en la línea de tercera a *home*, sintió en el cuerpo, en la expansión alegre del cuerpo, lo que puede significar la gloria a los 14 años. Abrazos, abrazos, abrazos. Guerreros ganaba la Liga Pony Mayor.

Diez minutos más tarde el doctor Víctor Ávila, *manager* de Caballos, se acercó con su hijo hacia nosotros. Fernando seguía siendo rodeado y felicitado por todos.

Su novia Ana Luisa no dejaba de besarlo. Cerca estaban Sergio (quien sonreía y palmeaba a todos), Francisco (aún con los arreos de *catcher*), Alonso (quien pegaba una y otra vez con el puño derecho, por pura alegría, en la manopla). Rodolfo no dejaba de sacar fotos.

El doctor Ávila felicitó al *manager* de Guerreros, y luego, acercándose con su hijo a donde estaba Fernando, le dijo: “Dale la mano y felicítalo”. Víctor y Fernando —muchos años después Rodolfo vio en el álbum de nuevo la fotografía que tomó en ese momento— se abrazaron llorando. El doctor Ávila entregó a Fernando la pelota que se había ido a la calle y que él había mandado recoger.

Cuando Fernando murió en un accidente automovilístico en la carretera de Querétaro a principios de 1968, Francisco Stephens vivía con sus padres en Bergen, Noruega, donde su padre trabajaba como ingeniero. Al enterarse por una carta de Sergio, dos escenas tumultuaban en su memoria dolorosa: la de aquella tarde de septiembre en el pequeño y hermoso campo de beisbol del barrio de San Ángel y la vez cuando Fernando fue a buscarlo en la preparatoria, luego del pleito con el Wama, uno de los jefes duros de la porra, cuando el astro de María del Sol dejó de brillar para siempre.

Iba a ser el primer trabajo periodístico importante —empezó a contar Francisco, mientras se frotaba con un hielo la frente y el pómulo derecho. —Tomó un sorbo de té y volvió a dirigirse a Rodolfo, a Iván y a Sergio, quienes poco después de medianoche llegaron a su casa para saber cómo estaba.

Francisco entró al Casco de Santo Tomás a las cuatro y media de la tarde. Ya se hallaban reunidos numerosos contingentes. Se detuvo a observar en el cruce de Manuel Carpio y de avenida de los Maestros la organización de grupos para la marcha. Se sorprendió de que la gran mayoría fueran adolescentes y jóvenes. Por un lado, se dijo, muchos querían recuperar la aspiración del sueño y lo imposible que significó el movimiento estudiantil de 1968, y por otro muchos, —quienes no lo habían vivido—, ansiaban ser los actores nuevos.

Pero algo siniestro se sentía en la atmósfera. Al descender del autobús en Melchor Ocampo, dos calles antes del cine Cosmos, vio un poderoso dispositivo policial.

En días anteriores a la manifestación, Francisco había asistido a las asambleas de la Universidad Nacional y del Politécnico. Sintió un ambiente espeso de sospecha y de confusión. No entendía por qué Comités de Lucha y algunos ex líderes del 68, pese a que las demandas fundamentales se habían solucionado, (aun la dimisión del Rector), decidieron realizar la marcha en apoyo a la Universidad de Nuevo León.

Los ex líderes del 68 de la Facultad de Ciencias de la UNAM, quienes acababan de salir de la cárcel, advirtieron sobre el riesgo de una manifestación en un momento difícil como éste. Es una trampa, van a reprimir, alertó el ingeniero Cadenas, quien tenía la idea de fundar un partido desde los días en prisión. ¿Y cómo lo sabes?, contestó otro líder del 68 también recientemente excarcelado. Dos ex líderes del 68 de la Facultad de Economía de la UNAM,

Pablo Galicia y Joel Ochoa, insistían en que la manifestación debía realizarse.

Francisco oía los estribillos: ¡No que no, sí que sí, ya volvimos a salir!, ¡México, libertad!, ¡México, libertad!, o leía lemas en pancartas y mantas: NO OLVIDAMOS TLATELOLCO. DEMOCRATIZACIÓN DE LA ENSEÑANZA. APOYO ABSOLUTO A LA LEY ORGÁNICA ESTUDIANTIL DE NUEVO LEÓN.

A la vanguardia de la manifestación marchaba el contingente de la Facultad de Economía, el cual era seguido por el de la Preparatoria Popular, dos vocacionales y la Facultad de Ciencias. En éste se encontró con Víctor Ávila. Apenas se habían visto de prisa un par de veces desde aquella tarde de septiembre de 1962. Se saludaron con afecto. Conversaron unos minutos. ¿Qué estudias en la Facultad? Para actuar. ¿Supiste que Fernando murió en un accidente? Tarde, y lo lamenté mucho. Por eso no me creí con derecho de visitar a los familiares y darles el pésame.

Se inició la manifestación. A las tres calles, en el cruce de avenida de los Maestros y de Salvador Díaz Mirón, un grupo de granaderos la detuvo. El comandante de granaderos, Emmanuel Guevara, gritó por un megáfono portátil que la marcha no tenía autorización y sería disuelta. Francisco vio aproximarse a un hombre hacia el coronel. Reconoció al periodista Manuel Marcué Pardiñas, quien acababa de salir de la cárcel. Subrayaba Marcué que la manifestación era pacífica. Silbidos, chiflidos, gritos. Se coreaba: ¡México, libertad!, ¡México, libertad!, ¡México, libertad!

Los granaderos se hicieron a un lado.

Francisco dejó pasar varios contingentes para observar mejor la marcha, la cual continuaba por avenida de los Maestros a lo largo de la larguísima Escuela Normal. Con temor pensó que si reprimían en ese instante, el sitio era una ratonera, un callejón sin salida.

La marcha avanzó, y muy poco después, en la esquina de Sor Juana Inés de la Cruz, un nuevo grupo de granaderos volvió a cerrar la calle. Se colocaron hombro con hombro en dos hileras. Era más numeroso que el anterior. El nuevo comandante gritó que la manifestación no estaba autorizada y se disolvería sin contemplaciones. Los manifestantes gritaban. Entonaron el himno de México. Los granaderos se replegaron.

Francisco volvió hacia delante, rebasó el grupo de la Facultad de Ciencias, rebasó el contingente de las vocacionales y luego el de la Preparatoria Popular, y ya estaba casi en las primeras líneas cuando al desembocar en la avenida México-Tacuba, vio venir en ráfagas nerviosas, zigzagueantes, a jóvenes que se precipitaban sobre las columnas de vanguardia, y gritaban: ¡Viva el Che! ¡Halcoones! Los granaderos lanzaban gases lacrimógenos a los estudiantes. Asustado, Francisco corrió de frente, a derecha, a izquierda, y de pronto se paralizó, sintió como si le cayera agua hirviendo desde la garganta al estómago al empezar a oír balazos. Tuvo miedo. Se oían gritos, ayes, gritos, ayes, gritos.

En la acera opuesta de la avenida México-Tacuba, Francisco vio la puerta de un edificio que estaba por cerrarse. Corrió. ¡Déjenme pasar! ¡Déjenme pasar! Empuja-

ba. Logró entrar, dio unas gracias que nadie entendió, y subió con rapidez al primer piso, tocó a las puertas, nada; en las del segundo piso, nada; en las del tercer piso, nada. Subió a la azotea. Se colocó de prisa detrás de un tinaco. Sintió alivio. Podía ver hacia la calle y se hallaba resguardado. Alcanzaba a ver un área que abarcaba parte de la Normal, media cuadra dentro de avenida de los Maestros, y a la derecha, hasta la esquina de Instituto Técnico y Melchor Ocampo.

Los jóvenes armados arremetían contra todo y tundían a todos, se golpeaban aun entre sí, urdían el repliegue, atacaban de nuevo, sorda, mecánica, implacablemente. En varios edificios francotiradores disparaban contra los estudiantes. Francisco volvió la vista hacia Instituto Técnico y Melchor Ocampo; la policía permanecía quieta y los jóvenes armados cruzaban entre sus filas como si estuvieran en su escuela o su casa. Con plena libertad, con anuencia evidente, ascendían a ambulancias, a carros de granaderos y a camionetas de la alcaldía, bajaban, volvían a subir, a veces subían sólo para volver a golpear a los manifestantes heridos que se hallaban dentro. Los camilleros de las ambulancias se llevaban muertos y lesionados.

—No puede ser, no puede ser.

Francisco vio el reloj. Eran las seis y diez de la tarde de ese jueves diez de junio de 1971. La claridad era grande en el cielo.

De nuevo los jóvenes armados repetían los ataques, disparaban metralletas, rifles y pistolas, golpeaban a manifestantes y a transeúntes, se hacían a un lado,

huían, se ocultaban. Los francotiradores entrenaban al tiro al blanco con los estudiantes. En la esquina de Melchor Ocampo y avenida México-Tacuba la policía continuaba en una pasividad absurda y cruel.

Escuchó de pronto gritos. Eran cada vez más próximos. Se asomó hacia abajo del edificio: tres jóvenes armados golpeaban con saña a un señor de edad, quien, aterrorizado, señalaba al edificio para subrayarles que vivía allí. Les mostraba la llave. Por reflejo o intuición, uno de los jóvenes armados alzó la vista. Francisco vio una mirada verde.

—Sólo se me ocurrió sacar la credencial de periodista que tenía en el bolsillo de la camisa —dijo a los amigos, levantándose del sillón sin despegar el hielo del pómulo.

Oyó pasos. Más cerca. Más cerca. Ya están aquí, se dijo, mientras el estómago se le contraía aún más, se le subía el calor al rostro, le temblaban levemente las manos. Tenía en la mano derecha la credencial. ¡Espérense! ¡Soy periodista! Vio una mirada verde que se precipitaba sobre él y sintió un durísimo puñetazo en el pómulo derecho (éste que ven), mientras el joven gritaba con odio que todos los periodistas eran unos hijos de puta traidores a la patria. El de la mirada verde le dio después un rodillazo en el pecho y dos golpes más en el rostro. Francisco se doblaba.

—No sé cómo no me rompió un hueso.

Entre los dos jóvenes armados lo arrastraron escaleras abajo, y ya en la calle, con el tercero de los jóve-

nes que los esperaba, lo llevaron a una patrulla. Francisco apenas podía respirar del dolor.

—Aún tenía en la mano (no me explico cómo) la credencial de *El Tiempo*. Se las mostró a los patrulleros, quienes, luego de verse entre sí, le ordenaron que subiera. Francisco temió lo peor: ser secuestrado o desaparecido, o llevado a una delegación o a la cárcel.

Dos calles más adelante le dijeron que descendiera.

—Debe cuidarse —dijo el que tripulaba.

—¿De quiénes? —alcanzó a preguntar.

Adolorido, molido, se encaminó hacia el edificio de *El Tiempo*. Llegó a las oficinas de 16 de septiembre un cuarto de hora después. Subió a la redacción. El jefe de información, Valentín Valdés, quien sería con los años fundamental en su aprendizaje periodístico, le hizo notar la inquietud de todos y en especial de don Rafael Cuadra, director del diario.

—Quiere verte.

Subió al quinto piso.

—Resultó un bautizo duro —le dijo Cuadra con mortificación.

Francisco entendió que era apenas el principio de un camino muy largo.

—Fue una gran tontería hacer la manifestación en las condiciones actuales, y más cuando las demandas ya estaban resueltas (nuestra izquierda no aprende lecciones), pero la respuesta del gobierno fue desproporcionadamente injusta e inútilmente criminal. ¿Pero en cuál país democrático se prohíbe el derecho de manifestación y expresión? —dijo Cuadra.

—¿Quién cree que haya detrás de esto? —preguntó Francisco, luego de darle los pormenores de la marcha.

Cuadra guardó silencio unos instantes.

—Hay dos personajes en dos grandes edificios de la Plaza Mayor: uno manda en el país, el otro en la ciudad. Ya antes utilizaron con ferocidad sus garras en la caza de altanería.

—¿Pero quiénes eran esos jóvenes armados que parecían sacados del lumpen?

—Halcones. Mañana lo mando a la alcaldía para que me haga una investigación.

El director se levantó y le dio un abrazo afectuoso.

—Urge que vaya a escribir la crónica.

—Vamos a cenar —invitó Sergio a los amigos. A ver si encontramos algo abierto.

Para su sorpresa, el doctor Ávila le telefoneó a la redacción de *El Tiempo* para preguntar por él la noche del 11 de junio. No aparecía su hijo. El doctor había leído en la mañana su crónica de la manifestación, habló al diario, y con angustia, casi con desesperación, pedía ayuda. Víctor no aparecía en listas de hospitales, ni delegaciones, ni anfiteatros, ni cárceles.

—Estaba en el contingente de Ciencias, doctor, yo lo vi —repetía Francisco preocupado, mientras veía en los ojos de la memoria al doctor Ávila llevando a su hijo a felicitar a Fernando Lozano, nueve años antes.

Francisco consultó listas de muertos, de heridos, de encarcelados, y pidió ayuda a reporteros que conocían a funcionarios de delegados de policías, de las procuradurías y aun del viceministro del interior. En la gran

mayoría de los casos las respuestas parecían un disco rayado: no hay desaparecidos. Las listas ya fueron dadas. Pero señor, si yo estuve allí, yo lo vi y desde entonces no aparece. Si lo vio, y no está en nuestras listas, entonces está vivo. Búsquelo bien.

Durante estos días se ha ido sabiendo (comentó Francisco con el doctor Ávila) que los halcones cobraban en las nóminas de los trabajadores de limpia, que el jueves de Corpus fueron trasladados en camiones de esa institución, que durante los hechos violentos los halcones subían, como Pedro entra y sale por su casa, a *pick-ups*, coches particulares, ambulancias y patrullas, donde se dedicaban a golpear y hasta acuchillar a jóvenes que apprehendían, pero no conformes con eso, la noche de ese jueves, al grito de ¡Halcones!, llegaron al hospital Rubén Leñero, donde entraron a Urgencias o directamente pasaban a los quirófanos para golpear, matar o rematar a los heridos, manifestantes o no.

En el hospital el día 11 eran aún visibles en las paredes, manchas de sangre y orificios de proyectiles de bala. Un médico, quien había sido jefe de guardia, comentó a Francisco que había firmado ocho certificados de defunción desde la hora que llegó al hospital. “Pero ya había varios muertos en el anfiteatro”. El Ministerio Público no quiso atestiguar ni firmar de recibido la entrega de los cuerpos.

Por el 15 de junio el doctor lo único que pedía era el cuerpo.

—Hoy renunciaron el alcalde y el director de policía, dijo Francisco. El director del diario no cree que

ya vaya a haber avances. Tácitamente la culpa es de los que renuncian.

Francisco no sabía qué esperanza darle, cómo crearle al doctor Ávila un pedazo de esperanza. Si al principio se hablaron cada noche, las llamadas telefónicas se fueron espaciando. A comienzos de julio el doctor Ávila dejó de hablarle. Francisco sintió alivio y tristeza cuando el doctor Ávila dejó de hablarle.

22 DE SEPTIEMBRE DE 1985

para Rafael Ramírez Heredia

No podía dormir. Temía moverse por no despertar a Mónica, quien tenía ligero el sueño. Apenas hacía una hora habían llegado del albergue, donde laboraron toda la jornada.

La mañana del 19, luego del terremoto, Sergio Montañés había estado en su laboratorio de rayos X, situado en la calle de Monterrey, en el barrio de la Roma. El edificio (era condominio) se dañó irreparablemente pero logró sostenerse. En la tarde, acompañado de Mónica, fueron a la escuela improvisada de albergue en la calle de Jalapa, donde clasificaron ropa, medicina, comida. Querían sentir menos el peso de la inutilidad, sentirse menos deprimidos, menos culpables de saberse vivos en una ciudad de espectros. Aún no se recuperaban de lo sucedido el 19 y de lo que se iban enterando de lo pasado el día cuando, a las 7:38 del 21, volvió a temblar poderosamente. La gente salió como disparo de bala del albergue, de casas y de edificios vecinos, y corrían, gritaban, gritaban, gritaban que ya no, que ya no, que por Dios ya no, que Dios no podía seguir castigándolos así, no, no. Ahora, siete horas después, la sensación de movimiento bajo el cuerpo, el vértigo, la imagen de los edificios tambaleándose, los gritos de desesperación, se repetían en su memoria fatigada. Colocándose durante el segundo terremoto en un lugar donde no podían ser alcanzados

por muros o postes o cables, Sergio y Mónica imaginaron lo peor. Cuando cesó el movimiento, Sergio se encaminó lleno de incertidumbre hacia el laboratorio, temiendo encontrárselo en ruinas. Casi lloraba.

Cuando llegó y vio el edificio en pie, respiró de alegría y alivio, se sintió más ligero, estuvieron a punto de salirse las lágrimas y dio gracias a Dios y al azar en medio de tanta desgracia. Salvo capas de polvo sobre el suelo y los aparatos, y algo de mampostería desprendida, todo estaba igual.

De vuelta al albergue se encontró casualmente con Francisco, en el cruce de Yucatán y Chiapas. El temblor había sorprendido a Francisco en la calle de Querétaro mientras entrevistaba rescatistas. Creí que terminaba todo —dijo.

Sergio repuso que ya estaba harto de Ciudad de México y pensaba irse a Puebla, a Querétaro o a Cuernavaca a vivir. Lo más seguro era Puebla.

—Ya lo he hablado con Mónica, y ahora con esto va a haber gastos fuertes por el traslado de los aparatos y el giro y mejor aprovecho para llevármelos fuera.

—¿Y cuándo piensas irte?

—Si pudiera mañana, me iba.

Cada vez que Francisco se encontraba con Sergio (se veían cada vez menos) le regresaban imágenes de la adolescencia y la primera juventud. Desde hacía tiempo a Francisco, al evocar ese lapso, el peso de las sombras del recuerdo y los recuerdos de sombras se le agolpaban dolorosamente en la garganta y en el corazón y le hacían cerrar dolorosamente los ojos. “Una adolescencia y una

juventud, y mal vividas”, pensaba para sí. Ahora que Sergio se iba definitivamente de la ciudad se quedaría aún más solo, o más aún, seguirían acumulándose en torno de él más sombras e imágenes de un pasado que eran como sombras e imágenes en movimiento.

Al llegar al albergue se despidieron. Salúdame a Mónica, por favor. Voy al periódico a llevar el reportaje.

Ninguno de los dos imaginó que no se verían más.

Sergio veía como en una luz seca y casi marchita la recámara. Vio el reloj: 3:25 de la mañana. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué iban a hacer? Tres años habían pasado desde las primeras grandes devaluaciones. La pobreza ya entraba por la puerta abierta a la casa de la miseria. Recordó los tres días en la cárcel que pasó en 1968 con Ernesto y Pablo, cuando el ejército tomó la universidad. Por ese periodo aún se podía soñar que podía soñarse. Que otro país era posible y que México no se precipitaría en un pozo sin fondo. Que la hierba no era como la carne. Pero después la desidia, el irse encerrando en una pequeña cueva de egoísmo, los años fáciles y el matrimonio correcto, lo fueron apoltronando y haciéndolo entrar en un mundo confortable, tranquilo, y sin duda feliz.

Pensó en los amigos. ¿Qué estarían haciendo? No recordó ni siquiera bien a bien las últimas veces que los había visto. Debería buscarlos, se dijo. Pero sólo de pensar en hacerlo sintió pereza. ¿Para qué? Ya nos encontraremos. Salvo muy de vez en vez con Alonso, antes de que hubiera problemas, rarísima vez veía a los otros. Por un momento volvió borroso el recuerdo de una borrachera adolescente, cuando arrojaron una madrugada una bo-

tella a la ventana del cuarto de Fernando Lozano. Sólo él podía aguantarnos una broma así, sonrió. Hizo cuentas. No recordaba bien. Deben ser casi veinte años desde que se mató en la carretera.

Repiqueteó el teléfono. Se sobresaltó. Brincó de la cama, más por impulso que por agilidad.

—Sí ¿bueno?

—Sergio, habla Alonso. Es urgente. Después discutimos lo que quieras pero óyeme ahora. Gladys acaba de telefonarme. Tomó pastillas. Me acusa de ser el causante. Está arriba, en su departamento. Llévela al hospital Mocel, por favor. Rosalía está aquí y sabes cómo están las cosas delicadas. Junta a todo esto, que con el temblor del jueves se le cayeron dos edificios a mi padre, y siguen sacando cuerpos.

— Lo sé ¿y la hija de Gladys?

—Está con la abuela.

Colgaron.

—¿Quién era? —preguntó somnolienta Mónica.

—Vístete rápido —dijo Sergio con una rabia pura y absoluta, mientras se ponía los pantalones.

— Beatriz quiso suicidarse.

—¡Cómo!

—No pudo elegir mejor fecha. Sólo le faltaba esto para redondear una vida banal y estúpida.

—¿Y la niña? No lo habrá hecho estando la niña allí.

—Está con la abuela.

Acabaron de vestirse. Salieron y subieron a tranco largo los tres pisos que los separaban. Sergio apretaba los dientes. Sentía que pecho y estómago le estallaban por la furia.

Tocaron.

—¡Gladys! ¡Abre! Somos Sergio y yo.

—Déjenme...—contestó sin mucha convicción.

—No empieces, por favor. No seas tonta (Mónica).

—Váyanse...

—No puedes dejar así a la niña (Mónica).

—Si no abres, tiro la puerta —sentenció Sergio apenas reprimiendo la ira.

Salieron de su departamento de la calle Miguel Laurent, en colonia del Valle, y tomaron por Heriberto Frías. Mientras conducía el Datsun de Mónica, Sergio sintió que en la ciudad se respiraba un aire de desamparo. Las luces mismas de los faroles parecían volver más triste y tétrica la noche. Vio por el espejo retrovisor y se encontró con el rostro de Gladys. Iba adormilada. La ira se le había mitigado y ahora se mezclaban desdén, lástima y ternura. Pensó en la vida confortable y vacía de Gladys, que para él era como la negación de una vida. Sin embargo al recordar la situación de Alonso y su familia, el enojo volvió.

Entró a Félix Cuevas. Pasó Aniceto Ortega. A su izquierda vio de inmediato la puerta negra y blanca de la funeraria Gayosso. ¿A cuántos velarían ahora? Con tristeza recordó que la noche antepasada se velaron allí los 17 cuerpos de niñas que murieron bajo los escombros de lo que fue el Instituto Cultural que se hallaba en la esquina de Tlalpan y Miguel Ángel de Quevedo. Pasó el parque, pasó la calle de Amores, pasó avenida Coyoacán, y lo detuvo en rojo el semáforo de Adolfo Prieto. Volvió por un momento la vista hacia el hospital 20 de Noviem-

bre. Debería dejarla aquí pero no sale viva, pensó Sergio haciéndose una broma sangrienta. Se pasó el alto.

Buscó razonar la acción, más tratándose de explicar que de justificarla. Alonso había vuelto a dejar a Gladys hacía un mes, luego de reanudar la antigua relación porque Rosalía, enterada de todo, amenazó con absoluta seriedad dejarlo en ese instante llevándose al niño. “Ahora mismo”, subrayó. Alonso bajó la cabeza y dio todo género de disculpas. El repentino abandono, las borracheras (ahora más sórdidas y continuas), la información desconsoladora de los últimos dos días en la Ciudad de México, seguramente la minaron. Era obvia la venganza contra Alonso pero el instinto de supervivencia se impuso al fin sin ningún decoro ni estilo. No tomó la cantidad necesaria de pastillas pero se espantó ante la posibilidad de haberlo hecho. Si hubiera querido realmente suicidarse, se dijo Sergio, se hubiera dado un tiro o se hubiera arrojado desde la ventana.

Viró el coche hacia Patriotismo. Los carriles estaban despejados. La madrugada era oscura, fría, húmeda. Por fortuna, pese a ser época, no había llovido estos días. Imaginó a los atrapados bajo los escombros y la lucha angustiada de los rescatistas y voluntarios contra el tiempo. Se volvió hacia Mónica. Sonrieron con tristeza y cansancio.

Sin duda Gladys era una mujer atractiva pero su detallada capacidad de autodestrucción la proyectaba destruyendo lo que podía amar: familia, amistades, amantes, esposo, hija. Gladys consideraba muy elegante beber y desvelarse hasta la vaciedad y era posesiva hasta

una ferocidad absurda. Pero lo más irritante era su obsesión por las pequeñas venganzas. Sobreabundaban los: “me hizo esto y me la va a pagar”.

Luego del matrimonio de Alonso y Rosalía y de Rodolfo y Carmen en 1979, Gladys se encerró un mes en su casa, y después, por más de un año, cambió una y otra vez de pareja, hasta que en 1980 decidió casarse con Gilberto Bermúdez, un pretendiente rico de la adolescencia, dueño de una cristalería en el centro histórico, de quien tuvo la niña, y cuyo matrimonio duró en el naufragio cerca de tres años. Por ese tiempo Gladys buscaba mucho a Mónica como apoyo. Se quejaba de que su esposo era el clásico macho mexicano que la quería tener todo el tiempo en la casa y le gritaba todo el tiempo porque sólo le gustaban las telenovelas y no sabía nada de trabajos domésticos. Varias veces llegó a pegarle. Coincidió que luego de la separación se desocupó un departamento en el edificio de Miguel Laurent, donde vivían Mónica y Sergio. En un gesto de simpatía o de piedad Mónica le dijo que por qué no ocupaba el departamento. Pese a que de inmediato percibió su error, ya era tarde. Gladys hizo cuentas, habló con el ex marido (que le pasaba una buena cantidad), y se mudó.

—Vas a ver qué problemas nos va a traer la tipa —reclamaba Sergio a Mónica, en una de las pocas veces que ésta lo había oído gritar en más de diez años.

Gladys no tenía trabajo. Como todas las mujeres que lo han tenido todo, Gladys no sabía hacer nada, pero para iniciar un trabajo quería un puesto ejecutivo, y desde luego, que la mandaran llamar. A lo más en su

vida consiguió algunos servicios libres que le reportaban cualquier cosa.

Cerca de la navidad del 1983 Sergio invitó a Alonso para agradecerle una recomendación para conseguir mucho más baratos unos aparatos de laboratorio. Rosalía estaba fuera de la ciudad y ella misma había tenido la delicadeza de disculparse antes. “Vengan un día a la casa, hace mucho no nos vemos.” Por una indiscreción involuntaria de Mónica se enteró Gladys de la cena y se hizo invitar. Sergio y Alonso, quienes lo ignoraban, fueron los primeros sorprendidos al verla. A la tercera copa Alonso, quien nunca fue simpático, reía a carcajadas. A la octava subieron juntos al departamento de Gladys.

—No sólo la trajiste al edificio, sino le has hecho un gran servicio a Rosalía —gritaba Sergio a Mónica.

A partir de entonces la amistad de Sergio y Alonso, que pese a los largos años de trato y conocimiento nunca fue profunda, se resquebrajó. Sergio prohibió a Mónica frecuentar a Gladys y en un momento aun hablar de ella, porque era motivo de discusiones agotadoras.

—De ningún modo vamos a servir de cómplices o aquí termina todo —enfaticó Sergio.

Mónica lo vio tan decidido que acabó por doblar las manos.

Cuando Rosalía se enteró de la relación (ya había pasado más de un año y medio), Sergio envió a Mónica para explicarle que fueron ajenos a los hechos, y que desde entonces no cruzaba una palabra con Alonso. Eso pasó a principios de agosto; a los pocos días Gladys buscó a

Mónica. Alonso había roto con ella. Mónica dijo que era lo mejor; Sergio respiró de alivio.

Cruzó José Vasconcelos, entró por José María Tornel, dobló a la izquierda por General Cano y dobló de nuevo a la izquierda para entrar por Gelati. Se estacionaron frente al hospital. Entre los dos cargaron a Gladys, subieron la escalera, y entraron. Al verlos hubo un rápido movimiento de médicos y de enfermeras.

—¿Ayudo? —preguntó ansioso un médico.

—Sí, por favor.

—¿Cuánto tiempo estuvo bajo los escombros?

—Sobredosis de barbitúricos —dijo Sergio con pena.

—¿Qué...?!

Con incredulidad el médico vio a los ojos de otro médico y a los ojos de dos enfermeras. Todos tenían el mismo gesto de incredulidad. En ese instante Mónica sintió vergüenza y rabia contra Gladys.

En la noche del mismo 22 la dieron de alta. Sergio y Mónica fueron a recogerla. De los edificios del padre de Alonso seguían sacando cuerpos.

¡BENDITA REALIDAD!

LAURA ESQUIVEL

Bendita realidad virtual! ¡Bendito el que la inventó! Gracias a ella he recuperado mi cordura, mi entendimiento, mi alejaría de vivir. Antes de que llegara a mis manos me sentía perdida y desamparada. ¿La razón? Mi esposo. Bueno, lo que mi esposo hace. Bueno, no, más bien las consecuencias de lo que hace. Bueno, ¿mejor les explico, no?

Todo empezó después del primer año de casados. Muchas veces le eché la culpa de lo sucedido a mi compadre Juan, pero ya no. Si Rogelio empezó a ponerse hasta las chancas durante las jugadas de dominó, fue porque quiso. Nadie lo obligó, digo yo. Pero el problema empezó cuando ya no se conformó con las noches del viernes para emborracharse, sino que empezó a hacerlo entre semana. Tiempo después, tampoco le bastó el alcohol sino que recurrió a la cocaína. Mi vida a su lado era un verdadero infierno. Si llegaba porque llegaba. Si no llegaba, porque no llegaba. Que si se vomitaba en la sala. Que si orinaba la cama. Que si apestaba la casa. Que si despertaba a los niños. Que si me insultaba. Que si me pegaba. Que si se gastaba el dinero de nuestros ahorros. Que si yo lloraba como descosida. Que si me angustiaba que anduviera durmiendo en la calle. Que si me atormentaba que anduviera con putas. Que si me preocupaba que me contagiara

el sida. Bueno, para qué les cuento. Mi vida ya no era vida y por ningún lado le encontraba solución. Rezaba porque Rogelio cambiara y se diera cuenta del dolor que me causaba, esperaba que cada borrachera fuera la última, que lo hiciera tocar fondo y lo obligara a regenerarse. Pero ni para cuándo. El cabrón era de lo más fuerte.

En mis momentos de desesperación hasta llegué a desear que se muriera en un pasón para que dejara de mortificarme. En otras palabras, quería que él cambiara para poder ser feliz nuevamente, pero en ningún momento se me ocurría dejarlo para evitar el sufrimiento. Creo que no estaba preparada para dar ese paso y la sola idea de quedarme sola me ponía la piel chinita.

Afortunadamente se me ocurrió un día ir a visitar a mi comadre Lupe y desahogar con ella mis penas. Cuando le comenté que mi vida era como una pesadilla en la calle del infierno XV y que no sentía que fuera realidad, la comadre comentó como si nada: ¡Aja!, ¿cómo en la realidad virtual, no? Yo ni sabía a qué se refería, pero la comadre me platicó con lujo de detalles los beneficios del mentado invento y fue así que me enteré que uno se ponía unos lentes y que podía ver, tocar y escuchar como si fuera de a veras.

Me interesó tanto la noticia que hasta dejé de llorar. Me entró de inmediato una obsesión por el aparatito. Presentí que esa era la solución a mis problemas. Si mi esposo se drogaba para no enfrentar sus problemas, yo podía evadirme de mi realidad de una manera más sana. Y desde ese día me dediqué con la misma desesperación que un alcohólico busca la botella a localizar y obtener

unos lentes. No les puedo ni platicar lo que fue mi primera experiencia. Yo sabía que la casa en la que navegaba no existía, ¡pero para mí era tan real! Podía tocar las paredes, sentarme en los sillones de la sala, transitar por un jardín sin *smog*: todo era limpio, bonito, para nada se percibían los desagradables olores a pulque rancio, no había ni una vomitada en la alfombra. En otras palabras, el briago de Rogelio no estaba en la casa. Yo era la dueña de un hogar a mi gusto: limpio, agradable, pacífico. Lógicamente me hice adicta a mis lentes mágicos. En cuanto mi esposo abría la puerta de la casa, yo corría por ellos y ¡santo remedio! ¡En un segundo mi vida era un primor! Rogelio, al ver que de alguna manera yo era feliz, empezó con la paranoia de que de seguro le andaba poniendo los cuernos. Yo le aseguraba que no, pero ya saben cómo son de necios los borrachos. El caso es que lo que en un principio creí que podría ser un incentivo para que dejara de lado su adicción, se convirtió en el pretexto ideal para que se emborrachara y se drogara aún más. Decía que como yo no lo quería y lo engañaba con otro, me iba a dejar. Y realmente se iba. No regresaba en un mes o dos. Y yo ahí, de pendeja esperando a que se le pasara.

Cuando él no estaba, también desaparecía mi pretexto para usar mis lentes. La casa sin él era perfecta. Podía dormir a pierna suelta y hacer lo que se me viniera en gana. Pero algo me faltaba. Dirán que soy una caliente, pero pues sí. Me faltaba el abrazo y las caricias de un hombre verdadero, y ahí sí que no le veía solución al problema. ¿Por qué? Pues por los malditos miedos y las pinches culpas. Que cómo lo iban a tomar mis hijos.

Que si los iba a traumar. Que ante los ojos de todos iba a aparecer como una puta. Que si mi esposo me iba a matar cuando lo supiera y cosas por el estilo. Y ¿qué creen? Parece de cuento, pero así fue. Me encontré un programa pornográfico de realidad virtual. Bueno, yo no lo llamaría porno, porque ni tenía tipos encuerados haciendo cochinas ni contaba la típica e insulsa historia de todos conocida. No, con este programa uno hacía su propia película y ¿con quién creen? ¡Con los galanes más galanes que han existido! Había para todos los gustos y todas las edades. Desde Tyrone Power hasta Brad Pitt, pasando por Marlon Brando, Robert Redford y Paul Newman. Uno podía escoger al que quisiera y pasar una maravillosa noche de amor a su lado, ¿cómo la ven? Sí, lo mismo pienso yo.

La gloria en el cielo se queda pendeja al lado de esta experiencia. El pudor no me permite trasmitírselas: sólo les digo que mi vida a partir de entonces es perfecta. No tienen idea de lo maravilloso que es pasar la noche entera en brazos de un hombre de a deveras, no importa que sea virtual o no. Un hombre que no es gargajiento ni pedorro. Que no es coco ni moto. Que no es racista ni fascista. Que no es reaccionario ni misógino ni ninguna pendejada por el estilo. Un hombre que en lugar de insultarme es dulce y tierno como pocos.

Desde que practico con vigor la cogedera virtual me levanto llena de entusiasmo. Me voy a la oficina de lo más contenta. Cuando regreso tengo tiempo y ganas de escuchar a mis hijos, de reírme con ellos, de ayudarles con sus problemas. He hecho arreglos a mi casa. He puesto jarrones en su lugar (sin el miedo de que Rogelio

me los tire en la cabeza) y los he llenado de nardos. Mi casa huele a felicidad. Como les decía en el inicio, he recuperado mi cordura y por lo tanto he llegado a la conclusión de que para nada necesito a Rogelio... y todo esto a pesar de que hace un mes que mis lentes de realidad virtual se descompusieron.

...Y EL OVNI CAYÓ O EL EVENTO DE ROS. HUELITLÁN

FRANCISCO HAGHENBECK

Nuestro sistema solar posee siete planetas. Dos o tres son una inmensa bola de gas y polvo que no hacen nada más que estorbar. Muy parecido a ciertos jugadores de la selección mexicana de fútbol. Existen otros que son un pedazo duro de roca. No gran cosa. Por último, uno que otro que puede contener vida. Quizás el rojito de la izquierda no es muy bueno para eso. Pero el azulito de la derecha tiene potencial. En nuestra galaxia existen millones de sistemas solares. No se trata de comparar, porque ustedes saben que es de mala educación. Pero podemos suponer que un porcentaje posee las mismas características que nuestro sistema solar. Eso nos da un buen número de sistemas con planetitas de primera calidad. Ya saben, como el azulito. Nuestro ganador.

Ahora vayamos a las ligas mayores, el universo. Éste es un poco más grande que “un chingo”. A ojo de buen cubero, infinito. Por lo tanto, hay ese mismo número de galaxias como la nuestra. Recuerden que en cada galaxia hay sistemas con esos planetitas. ¡Exacto! ¡Como el azulito! ¿Cuántos son como la Tierra y pueden tener vida? Eso no lo sabemos. Sólo queríamos poner en claro el punto de que hay muchas probabilidades de que

exista vida en otro planeta. Como esto es un relato y no un ensayo científico, seguiremos pensando que ya llevan un rato vigilándonos, y que una de sus naves vigías podría estrellarse en la Tierra.

Fue pura casualidad que donde cayó uno de estos artefactos se llame Roshuelitlán. No Roswell, que ése es otro lugar donde no hay más que desierto. En verdad se llama Rosario Huelitlán. Pero como el anuncio de la carretera lo abreviaron como “Ros. Huelitlán 20 km”, el resto es historia. Así, comenzaremos nuestro relato de cuando cayó un platillo volador en Roshuelitlán.

23:30 h, sábado 22 de marzo

Ros. Huelitlán, Oaxaca

Rosendo y Melesio son compadres. Viven en ejidos contiguos. Entre los dos suman nueve chamacos. Generalmente, después de ir a la ciudad para vender la cosecha se echan unos quiebres. Los suficientes para regresar al pueblo culeando todo el camino.

La noche era clara y había un olor a zorrillo. Su camioneta era la única en el camino. Los dos iban cantando “Sopa de caracol” en un estilo libre campirano que difícilmente llegaría a ser un éxito. Un chivo que iba en la parte de atrás les hacía coro.

—¡Pinche compa, lo quiero un chingo! —dijo Rosendo. No es una frase muy brillante para un borracho. Pero se sorprenderían de la cantidad de veces que se dice en un sábado. Tantas como el universo. —Yo también,

compadre. Y he sido recabrón —dándole un trago a su botella, sacó la verdad—: ¡Me estoy cogiendo a su vieja!

Hubo un minuto de silencio. Rosendo miró a Melesio. Luego Melesio a Rosendo. Así varias veces. Rosendo se lanzó a golpes contra su compadre. Para esquivarlo, Melesio salió de la camioneta tratando de huir.

—¡Inche cabrón! —le gritaba Rosendo tratando de alcanzarlo. Por fin lo tiró en la terracería. Lucharon en el suelo—; Rosendo estaba a punto de darle un golpe en la cara cuando se oyó una explosión que iluminó la noche. Los dos compadres se quedaron admirados mirando el cielo: un enorme cigarro con brillantes luces como foquitos navideños tenía una gran columna de fuego y humo. Lo que más los impresionó era que esa madrezota iba cayendo directito a la camioneta.

—Yo también me ando tumbando a su vieja —le dijo Melesio a Rosendo. Trató de ser sincero antes de morir aplastados. Pero no fue así. Cayó a sólo unos metros de ellos, en su vehículo.

El chivo que compraron quedó abajo de la camioneta, de la nave espacial y de un órgano de cactus que se cargó en su caída. Los dos hombres se levantaron a ver el desmadre. Sólo hubo un comentario: ¡Qué par de viejas putas tenemos en casa, compadre!

9:10 h, lunes 24 de marzo

Ros. Huelitlán, Oaxaca

Santiago quería ser doctor desde que se dio cuenta de que cuando jugaban al hospital las niñas enseñaban los

calzones. A los dieciocho años ésa no fue la razón que dio a su consejero vocacional. En esa charla salieron a relucir temas como la ayuda al prójimo y la investigación en bien de la ciencia. Nada de cogerse a las enfermeras, tener un auto deportivo y trabajar en una oficina lujosa.

Estudiar medicina no fue tan difícil. Lo difícil era darse tiempo para salir de reventón y poder intercambiar saliva al mismo tiempo que exploraba el cuerpo de sus compañeras. Generalmente, cuando esto sucedía repercutía en sus calificaciones.

Constantemente pensaba en su servicio social. Imaginaba una clínica en Mazatlán donde atendería a gringas bronceadas. Santiago no era muy bueno leyendo el futuro. Así que aquí estamos: no hay Mazatlán, y menos aún las gringas. En cambio tenemos una clínica comunitaria en medio de la sierra, y al “doc Santiago” viviendo ahí.

Llegó a este lugar porque se cogió a la esposa de su profesor de anatomía. De puro coraje, el profesor ayudó para que lo mandaran al más recóndito lugar a hacer su servicio social: Roshuelitlán. Eso no le quitó lo puta a su vieja, que al mes se largó con su entrenador de tenis.

Roshuelitlán no es muy grande. Tiene un palacio municipal madreado por el último temblor, una iglesia, la tienda de raya de don Julián y siete perros callejeros. Santiago vivía en un cuarto que le rentaba doña Chema, la del merendero. Como estaba muy lejos de las gringas de Mazatlán, Santiago puso un póster de Pamela Sue Anderson en la pared de su cuarto. Sólo para recordar que había esperanza.

Santiago regresaba de su fin de semana libre en la capital con su vocho lleno de medicinas para la clínica. Había ido con sus tres novias y a tener sexo con dos, para que no le explotara el cerebro en su exilio involuntario. Venía oyendo a los Caifanes y su “Negra Tomasa”, cuando vio el letrero de desviación en el camino. Un tramo de la carretera había desaparecido. Como si una enorme pala lo hubiera arrancado de tajo.

En la clínica ya lo esperaban Melesio y Rosendo. Para cuando cosió los puntos en el párpado de Melesio, Marichu, su enfermera, ya le había explicado que esos dos borrachos chocaron. Santiago notó que las pestañas y cejas de sus pacientes estaban achicharradas. Como si les hubiera explotado un calentador. Pensó que algo raro había pasado. No había calentadores en Roshuelitlán.

—¿Qué pasó, Melesio?!

—Fue el pinche Rosendo el que empezó toido...

—los dos pacientes se miraron. Uno tenía el brazo enyesado. El otro, el ojo morado.

En ese minuto de silencio aparecieron los que nadie quiere que aparezcan, ni en Roshuelitlán ni en ningún lugar de México: judiciales. Eran el teniente Vaca y el Caco Pérez, que siempre rondaban el pueblo en busca de sembradores de marihuana. Aunque sólo se dedicaban a molestar a los campesinos, gorronear una comida o ya de perdida robarse una gallina.

—¿Qué onda, mi doc? ¿Cómo va todo? —dijo el teniente Vaca cruzando la puerta. Bueno, primero cruzó su panza y luego él. Como era su costumbre, traía

puestos sus lentes oscuros. No se los quitaba ni para mear en los antros.

—Chambeando, mi oficial —explicó Santiago. Los compadres se quedaron muy chitones, como no queriendo hacerse notar.

—Me platicó un pajarito que estos cabrones tuvieron un accidente —los campesinos se asustaron. Quizás porque se tragaron sus huevos y los traían atorados en el cogote.

—Más bien se pusieron medio pedos y se agarraron a trompadas —a veces se sentía más confesor que doctor, aunque no por eso dejaba de extrañar Mazatlán y a las gringas.

—Me cai, doctorcito, que usted se va ir al cielo por andar cuidando pendejos. Según información oficial, un transporte aéreo de narcotraficantes cayó en esta zona. Así que ojitos, mi doc. Si ve algo écheme el pitazo.

Los judiciales salieron del consultorio. Marichu sólo murmuró su despedida personal:

—A chingar a su madre, culeros.

17:30 h, lunes 24 de marzo

Ros. Huelitlán, Oaxaca

El presidente municipal era don Sebastián Andrade. Lo conocían todos como “don Sebas”. Don Sebas mandó llamar al doctor al palacio municipal, el cual esperaba el fondo del estado para su reconstrucción. Don Sebas le ofreció una cerveza a Santiago, y éste aceptó con gusto.

Una chela y una cogida no se le niegan a nadie. Y él era hombre de palabra.

—Mire, ando angustiadón. Por eso quería hablar con usted, que es gente culta.

—¿Para qué soy bueno, don Sebas? —preguntó Santiago.

—Pus fijese que ya tenemos de esos aparatos que hacen libros... computadora.

—Felicidades, si quiere la echamos a andar —se ofreció Santiago para evitar el tedio.

Estuvieron toda la noche tratando de hacerla funcionar.

Para Santiago fue un misterio. Como a la quinta chela les echó la culpa a los fabricantes de la Mac. Esos cabrones siempre las hacen bien raras.

8:55 h, martes 25 de marzo

Ros. Huelitlán, Oaxaca

Santiago se empacó su tercera quesadilla. Doña Chema estaba haciendo las tortillas en su nuevo comal. Sabían ligeramente picositas y dulzonas. Cuando probó las gorditas, Santiago estaba seguro de que había cambiado su sazón.

—Están a toda madre, ¿qué les puso ahora?

—Na' más aquí el comal. Fijese que pongo la mano y no quema.

La señora colocó la mano extendida en la plancha de metal y ni se inmutó. Santiago hizo un gesto de aprobación.

—Pinches japoneses, ya no saben ni qué inventar. Se echó dos quesadillas más.

12:23 h, martes 25 de marzo

Ros. Huelitlán, Oaxaca

Santiago se tocó la barbilla, pues no estaba seguro de haber visto algo así ni en sus libros ni en la escuela. Pero a lo mejor fue en una clase a la que llegó crudo. El chamaco de la Carmela se veía bien, y a todo mecate, sólo que las pupilas de los ojos eran de un verde fluorescente.

—No, pus de que traga, traga un resto, doictor. Si ayer el desgraciado se echó toda la olla de los frijoles —le explicó la mujer.

—¿Y las evacuaciones? ¿Va bien al baño?

—¡Hasta piedras echa el marrano! ¡Luego hay que limpiarle sus calzonzotes! —le dio un zape al niño.

—Vamos a seguir en observación. Que tome estas pastillas después de cada comida y vemos cómo progresa. ¿Ha comido algo en la calle, en el campo?

—Se la pasa de vagote jugando en los fierros viejos del Rosendo.

16:02 h, miércoles 26 de marzo

Ros. Huelitlán, Oaxaca

Santiago seguía con don Sebas en su cruzada de hacer funcionar la computadora. Estaban planeando su trabajo mientras se tomaban unas “muertitas” bien frías en la

tienda de raya. Para variar y no perder la costumbre, ahí de nuevo llegaron los judiciales.

—¿Quihubo, mi presi? ¿Quihubo, mi doc? ¿Qué? ¿No invitan los quiebres? —todos los miraron de mala gana, pues con la policía no se juega. Sólo a callarse y a joderse.

—Sirvan otras bien muertas pa'l teniente y pa'l Caco —le indicó a don Julián, el abarrotero.

—Se agradecen. ¿Sabe, mi presi...? A mí me late que los del pueblo andan encubriendo a los narcos.

—¿Qué pasó, teniente?! Yo trato de ser buen anfitrión y usted viene a maltrechar mi imagen enfrente de mis votantes —dijo indignado el presidente municipal. Era bien mapache, pero hasta los mapaches tienen su orgullo.

—Yo que me entero de que los tienen por ai, y me los quiebro —el judicial se acabó su cerveza dando un buen eructo. No chiquito, sino uno de esos con los que se puede cantar el jarabe tapatío. Sin decir gracias se fue en su patrulla en busca de marihuaneros.

—¡Luego por qué no los quieren! —dijo Melesio, que estaba al fondo tomando su Don Pedro con Coca, celebrando que ahora que le habían puesto un nuevo motor al camión de su cuñado Filemón, casi volaba. Aseguraba que sí volaba, pero nadie le cree a un borracho como Melesio.

7:35 h, jueves 27 de marzo

Ros. Huelitlán, Oaxaca

Santiago salía a correr unos cinco kilómetros para calmar sus deseos sexuales. Podía ir a un putero que estaba en la carretera, pero sabía que era más higiénico correr. Generalmente daba algunas vueltas por los sembradíos y así podía gorronear un vaso de leche en algún establo. Mientras corría veía que el cultivo estaba cada vez mejor, tanto que las calabacitas parecían sandías.

Cuando terminó su carrera pasó a un lado de Facundo, uno de los ejidatarios. Facundo llevaba un extraño arado hecho en casa con retazos de metal y madera. Lo gracioso era que no necesitaba bueyes para jalarlo. El campesino lo empujaba como algo muy liviano.

—¡Buenos días, doctorcito! —le dijo Facundo quitándose el sombrero.

—¿Dónde dejó su yunta? —preguntó Santiago.

—Pus viera usted, ya estaba revieja. Mejor nos la hicimos carnita. Eista me funciona mejor.

—Santiago le sonrió.

Este Facundo era buen hombre. Bueno y chambeador. Ya se merecía que lo ayudaran con algo así.

18:54 h, jueves 27 de marzo

Ros. Huelitlán, Oaxaca

El coche de los judiciales derrapó a las puertas de la casa de Rosendo. Un par de chamacos semidesnudos y mugrosos corrieron. Los animales saltaron asustados. Se

bajaron el teniente y el Caco. La mujer de Rosendo salió con un escuinle en brazos que no paraba de llorar y un chivito que chillaba igual.

—¿Dónde chingaos escondieron el cargamento?! —les gritó el agente. Los niños se asomaron por la puerta.

—Yo ni sei nada di eso... ¡Húchenle de aquí! —contestó encabronada la mujer. Era flaquita y menudita, pero bien muina. Rosendo se acercó a ellos.

—Nosoitros no hemos icho nada.

—Ustedes nos engañaron. Sabemos que encontraron la camioneta de los narcos. Encontramos la placa de su camioneta... ¿Dónde están?! —Rosendo no dijo nada.

En ese instante el teniente Vaca hizo un movimiento vil y cruel. Algo que sólo gente sin escrúpulos haría. Apuntándole con su escuadra, tomó como rehén al chivito que tenía a su lado. Los niños gritaron. La mujer se cayó al suelo implorando clemencia.

—Están ai en el establo —tuvo que admitir Rosendo. Aun así, sin compasión, le soltó el tiro al chivo.

23:19 h, jueves 27 de marzo

Ros. Huelitlán, Oaxaca

El teniente Vaca terminó de vaciarle el tehuacán al chaparro verde. Lo tenía amarrado con alambre de púas. El pobre lo miró con sus grandes ojos negros. Se parecía mucho a Bambi cuando le matan a su mamá.

—¡Chale, teniente, con el tehuacanazo como que hacen burbujitas! ¡Ni aguantan nada! —le dijo el Caco. El

teniente de puro coraje lo golpeó de nuevo en el hígado. No lo tenía ahí, pero eran años de usar esa técnica como para cambiarla de un día para otro nada más porque no eran humanos.

—¿De dónde son, pinche pelón?! A mí me huele que son rusos que quieren el mercado gringo... ¡Se la van a pelar!, ¡nosotros ya nos arreglamos primero!

Otro golpe en donde no hay hígado. El peloncito ni se quejó.

00:05 h, viernes 28 de marzo

Ros. Huelitlán, Oaxaca.

Don Sebas y Santiago llegaron a la casa de Rosendo; uno de los chamacos pudo pedir ayuda. Santiago no deseaba que hubiera gente herida.

—No podemos obstruir la justicia... ¡Tranquilo!

—¡Si esos cabrones hacen algo me los chingo, me los chingo! —don Sebas hasta en eso era mapachón, pero no quería que le quitaran votantes en su pueblo. Por algo ya iba para la tercera.

El teniente Vaca salió del establo con Rosendo golpeado. La pistola apuntaba directo a su cabeza. Se veía molesto. Reencabronado.

—¡Pinches indios! —le gritó a don Sebas.

—¡Suéltalo...!

El judicial golpeó la cabeza del campesino. Éste cayó al suelo. La pistola no dejaba de apuntarle. El Caco estaba a su lado.

—Ya me cansé de sus mamadas. ¡Los pinches rusos no soltaron nada! ¡Si no me dicen dónde está la coca, me chingo a este indio!

Nadie vio venir el rayote.

Fue como un cohete de feria. Santiago y don Sebas se tiraron al piso ante el fogonazo. Cuando Santiago alzó la cara sólo quedaban las botas de los judiciales, humeantes.

Rosendo se había meado en los pantalones. Miraba a su esposa, que seguía apuntándoles con una pistoli-ta como de juguete con colores extraños. Santiago pensó que sería muy puta, pero que aún quería a su marido.

14:15 h, sábado 29 de marzo

Ros. Huelitlán, Oaxaca

—Muchas gracias, licenciado Sebastián. Está pa' chuparse los dedos —le dijo el señor gobernador a don Sebas, que estaba muy orgulloso, pues ya hasta licenciado le decían. Toda la comitiva del gobernador le entró duro a la barbacoa. La mayoría ya iba para su tercer plato. Santiago estaba en la mesa de honor, echándose unos frijoles charros. —Oiga, señora —el gobernador le dijo a la esposa de Rosendo—, me tienen que pasar la receta, es la mejor barbacoa que he probado.

Las mujeres se rieron, apenadas, mientras calentaban tortillas en el nuevo comal. El gobernador estaba chupando el huesito de una costilla de extraño color verde.

—¿De qué es? ¿Chivo o borrego?

—Eso es el secreto —le dijo orgulloso el presidente municipal, llevándose la mano al cheque que traía en el bolsillo.

Dizque para arreglar las cuarteaduras del palacio municipal.

La fiesta era un éxito. Dos horas después, Rosendo y Melesio, ya bien pedos, se volvieron a pelear por sus esposas.

Nadie preguntó por los judas. Santiago se tomó otra cerveza. Al día siguiente no trabajaba.

Aún le faltaba pasar cuatro meses más en ese hoyo. Pero en días así, aunque no hubiera gringas, pensaba que Roshuelitlán era el mejor lugar de la Tierra.

Exacto, la pelotita azul de la que hablábamos al principio.

EXPERIENCIA EN TOKIO

ADRIANA MALVIDO

Poco antes de las tres de la tarde, María salió de la estación del Metro de Asakusa con la idea de conocer los famosos templos de Tokio. Ya en la calle escuchó un estruendo, miró los cables enloquecidos, los coches que trepidaban y la incertidumbre en los rostros de la gente. Ni un grito, sólo exclamaciones. El movimiento era cada vez más fuerte y pensó que el piso se abriría en dos. Giró sobre su propio eje sin saber qué hacer hasta que se prensó al brazo de un japonés que, desconcertado, caminó con ella hasta el centro de la avenida, lejos de los edificios. Supo entonces, a sus 18 años, lo que era un terremoto.

Después de dos minutos eternos, ya quieta la tierra, caminó hacia el Sensó-ji, la segunda pagoda más alta de Japón. Ahí la sorprendió un segundo estruendo y la visión del templo de cinco pisos que iba de un lado a otro como papel al viento. Se va a caer, pensó. Vio cómo todos alrededor sacaban sus móviles y miraban en pequeños monitores. A falta de un celular y del idioma, miró una pantalla que, desde un aparador, transmitía la noticia en japonés. Ella sólo entendía la palabra tsunami. Intentaba preguntarle a la gente, en inglés, qué pasaba, pero nadie le entendía. Se dio cuenta que en Tokio no hay cafés In-

ternet porque no los necesitan, todos llevan el ciberespacio en la bolsa. La fila para el teléfono público parecía interminable. Deambuló hasta que entró a un club de *mangas* y tuvo que tramitar una membresía para acceder a una computadora. Le sorprendió que hubiera gente leyendo comics en esos momentos. Desde ahí envió un correo electrónico a su familia en México que, a las tres y media de la mañana, estaba pegada a CNN mirando la catástrofe. Mientras les escribía, volvió a temblar, pero no se los dijo.

María había salido de su casa hace nueve meses y los últimos seis trabajó en Romblón, una isla de Filipinas. En ese pequeño y bello trozo de tierra en el Pacífico asiático dio clases de inglés, de *ballet* y de artes plásticas a pequeños de primaria que la llamaban Mayang. Terminado el ciclo con la ONG, programó su regreso con un vuelo desde Tokio para conocer Japón. Llegó seis días antes del terremoto, visitó los alrededores y volvería México el sábado 12. Pero la naturaleza, implacable, tenía otra agenda.

Al salir del edificio de cuatro pisos de cómics, decidió volver a su hotel. Había escrito a su familia que le hablaran por teléfono a las 10 de la noche, hora local. En punto, sus padres llamaron al hotel a partir del horario acordado, pero transcurrieron seis horas más y múltiples 'I'm sorry she's not here'. Era de madrugada en Tokio y su hija no aparecía. Y es que, María, con la esperanza de tomar el Metro, que no funcionaba, se topó con estaciones convertidas en albergues y multi-

tudes que acampaban en espera de que se reanudara el transporte para volver a casa. El tráfico paralizado hacía imposible la opción de un taxi.

La temperatura descendía y estaba anocheciendo cuando se dirigió a una oficina de turismo a pedir orientación. La única alternativa era tomar un autobús. La fila, kilométrica. Pero no le quedaba de otra. Tiritaba de frío. Cuando no podía más, a punto de llorar se metió a un café por una sopa de *noodles* calientita, pero al terminar se dio cuenta que estaba perdiendo tiempo. Volvió a la fila ordenada del autobús. Los ciudadanos japoneses jamás perdieron el control, ni la amabilidad. Inolvidable una mujer que de pronto le puso encima una cobija y le cedió, además, un parche de calor. No había palabras para entenderse, pero sí gestos de humanidad como éste. Los camiones pasaban repletos y María sólo veía rostros aplastados contra los cristales. Intentó preguntarle a un chofer que se detuvo si podía llevarla, él hizo señas de no entender inglés. Dos horas después, un norteamericano la trepó al autobús y con un mapa le explicó que, al menos, el camión la acercaría. Estaba en el extremo norte de Tokio, opuesto a su hotel en el sur.

Cuando descendió en Shibuya, aún a kilómetros de su destino, caminó, pero corrió el último tramo para darle calor a su entumido cuerpo. Llegó al hotel cerca de las 2 de la mañana y después de 10 horas de periplo, se tumbó en su cama a dormir.

La familia en México miraba por CNN los efectos devastadores del tsunami a 240 kilómetros de Tokio golpeando Sendai. La fuerza del mar, los barcos, casas, es-

combros y coches que flotaban por las calles arrasados por el agua que alcanzaría hasta cinco kilómetros llevándose carreteras y poblados enteros. Los expertos explicaban la magnitud de un terremoto de 9 grados en escala de Richter, el más fuerte en 140 años. Un llamado de alerta a todos los países con costas en el Pacífico. Amenazas de fuga radioactiva. Llamaron a la aerolínea para enterarse que el aeropuerto de Narita estaba cerrado y se habían cancelado todos los vuelos. Hablaron a la Secretaría de Relaciones Exteriores y escribieron a la embajada de México en Japón, que respondió inmediatamente. Por la tarde del viernes recibieron una llamada de Aeroméxico para informarles que, de abrirse Narita, María viajaría en el vuelo 057 del próximo lunes.

A María la despertó, a las 6 de la mañana, la llamada de la embajada que buscaba a todos los mexicanos en Japón y que le ofrecía ayuda. Ella ya había conseguido un buen descuento para quedarse dos noches extras en el hotel y así lo hizo. Intentaba informarse en la TV de su cuarto, pero la señal de CNN fallaba y en los otros canales no entendía más que las imágenes, sobre todo del tsunami. La conexión de Internet no funcionaba, pero logró telefonar a México para tranquilizar a su familia. Ese día lo dedicó a caminar de nuevo.

El domingo acudió a la embajada. Se percató del estrés del personal, que no dormía localizando mexicanos y contestando teléfonos. Ahí supo de las fugas radioactivas en la planta nuclear en Fukushima, al noroeste de Tokio, y del temor a un accidente similar en la

planta de Tokai, a 120 kilómetros de la capital. Decidió no distraer a nadie y salió a caminar hasta que se cansó y entró a un cine.

El lunes se levantó temprano para irse con tiempo al aeropuerto y tomar el vuelo de regreso a las 3:30 pm. Al salir de la regadera la sorprendió otro temblor, el tercero que sentía desde el sexto piso de su cuarto en el hotel. Miró su maleta moverse al ritmo de las órdenes de la tierra. Se apresuró, tomó el Metro y cuando llegó a la estación de tren que la llevaría a Narita supo que no había servicio. Se alarmó. Llamó a la embajada y le advirtieron: “Toma un taxi, corre, es muy importante que te subas a ese avión”. No fue fácil conseguirlo. Finalmente llegó hasta su asiento 32J en la última fila de la aeronave. Imposible mover el respaldo, por lo que así, en posición de escuadra, durmió todo el trayecto hasta la Ciudad de México.

Miro a María. Sigue dormida, ahora en su cama. Y siento gratitud por todos los que ayudaron a que regresara, la cancillería, la embajada, Aeroméxico... Pienso en los 600 mil desplazados, los que temen la radioactividad en su cuerpo, los 100 mil niños sin casa, los 10 mil desaparecidos que podrían estar muertos y en la humanidad entera que mira y espera, luego de un terremoto, un tsunami, y ahora la emergencia por las fugas radioactivas que han puesto el dilema de la energía nuclear en el centro del debate mundial. La nuestra es sólo una pequeña historia en medio de una tragedia en la que Japón merece toda la ayuda posible.

Antología ADO GL 3. Lee mientras viajas

Y mientras miro dormir a mi hija, me pregunto
qué sueña.

EL CASO DE MARLENE STAMOS

ELMER MENDOZA

El detective bajó los ojos después de contemplarse en el espejo; metió un picadientes en su boca, se sentó en el sillón destinado a los clientes y se miró las manos. Vacías. Lejos de mujer. Alumno de Holmes, Fantomas, Lupin, Poirot, Queen, Spade, Maigret, Marlowe, Smiley, Carvalho, Belascoarán..., había sido brillante. Poseía todas las cualidades del espejo. Ahora, soportaba el mundo gris del fracaso, de los no es posible, de la evidencia de que la experiencia no basta.

Sumido en una soledad sin barreras observó sus dedos largos laxos, el piso, la punta de sus zapatos.

Algo no encajaba. También faltaba algo para encajar.

Repasaba la historia:

Marlene asesinada

Sola en la casa de la playa

Un pañuelo

Un viaje

Un exmarido

Un boxeador

Un padre millonario

Una madrastra

Un mayordomo

Dos seguros

Un lancharo

Una *discoteque*

Un fuerte donativo al Frente Contra la Represión

Un médico

Un excompañero de prepa

Un congreso de estilistas

Un cadáver

El tiempo

Otro cadáver

Múltiples advertencias para que se olvidara del caso.

El detective se tocó la nariz. Pensó en los nudos y posibles olvidos, en los cabos, en el entorno social de los implicados. Durante muchas horas meditó y su rostro se reafirmó en el color de la amargura. Ser humano no es pretexto. Su cuerpo olía a derrota, a final de sonrisa.

Al amanecer lo decidió.

Se puso de pie. Apenas le circulaba la sangre.

Al salir desprendió el letrero: FH del real, detective privado, sin reparar en las minúsculas.

Entró en la puerta siguiente, donde se hallaba su dormitorio. Se quitó el sombrero negro y la gabardina. Ojos rojos. El traje oscuro de casimir inglés. Alguna humedad. Tomó la caja de habanos y la tiró al cesto de la basura. Respiraba con pena. La pipa. No escuchó el teléfono. Abandonó el departamento vestido apenas con un suéter, una camisa a cuadros y un pantalón desteñido.

Sus pasos sombríos se mezclaron con la escalera.

Un espasmo de sombras prendía velas a su doble muerte de víctima de lujo.

Salió.

La calle

Ávida sempiterna de desperdicios

Lo tragó con deleite.

Con los años, un basto grupo de detectives se declaró incompetente para descubrir al asesino de Marlene.

Hasta que llegué yo.

Pero ésa es otra historia.

ZONA DE DERRUMBES

Iba a matar a la mujer. Estaba de pie en medio de la carretera, paralizada, y yo con el Topaz a 80, velocidad máxima 120. No se movía. Atrás la tarde era un puñal sin muerto. Ni duda que era mujer. A buena distancia la vi, uso lentes pero no estoy ciego y, lejos de aminorar la velocidad, la aumenté; bueno, no la aumenté, lo que pasó es que qué hace esta vieja pendeja atravesada, sentí, no sé, algo extraño, unas ganas desconocidas de atropellarla.

No experimenté conmiseración o asombro de verla en ese sitio tan a despropósito, no, deseé matarla, que saliera volando girando y se estrellara fardo en el pavimento para que se le quitara lo atrevida. No me sentía comprometido o furioso, si ella deseaba que yo fuera el instrumento de su suicidio estaba bien, aceptaba, le daría duro, saldría rebotando y empezaría a sangrar por boca, nariz y oídos, se reventaría la cabeza y se rasparía los brazos y las piernas.

Lo merecía, si estuviera en una cascada igual la empujaría, qué falta de respeto a sí misma, ¿qué no se ha enterado de que los suicidas no van al cielo?, ¿qué no ha leído que sufren horrores en la otra vida porque dejaron este ciclo inconcluso? ¿Qué no quiere reencarnar? Además de suicida estúpida. Voy rapidísimo y sigue impávida, y mis ganas de pasarle por encima y desgarrarle el abrigo se acrecientan, que vuele, caiga y se rompa la nuca. Que transpire de gusto. La tipa sabe de su fin inminente

y me espera con los ojos cerrados. Quieta. No corre aire. Si le paso por encima, seguro va a quedar pelo pegado a las llantas y pedazos de piel en alguna parte del carro. Quizá un pequeño trozo de carne palpitante. Mejor será que le pegue con un costado, así la mando lejos y evito pasarle por encima. Me espera una estatua de perfil. Si la atropello con esa parte del guardafangos saldrá hacia allá y sanseacabó, podré seguir tranquilamente mi camino.

No obstante, estoy a unos doce metros y el ánimo de matarla me abandona. No quiero. Me importa un pito que no les parezca, ¿quién se creen que son para impedir que haga mi regalada gana? Quizá percibí una ligera contrición en ella, o en mí.

Viro levemente para esquivarla, freno, me detengo y voy a verla. Está sucia y temblorosa. Es guapa. Los feos no se suicidan. El abrigo se halla húmedo. Abre los ojos cuando llego y me mira suplicante. Tengo el impulso de preguntarle sus motivos y después conducirla a lugar seguro mientras trato de convencerla de que la vida es un lío que no hay que tomarse tan en serio, que hay que pasársela rico, que con un poco de empeño y un té de albahaca en el desayuno todo funciona mejor.

Viendo sus ojos sé que no vale la pena. Las razones de los suicidas son pocas pero suficientes. Así que le sonrío y le conecto un derechazo del que no se repondrá en un rato. La recojo y la cargo hasta el asiento trasero de mi carro. Lo dicho: es hermosa, caderas wow, triángulo Magritte. La acaricio lleno de lujuria. Cuando la penetro despierta. Sin embargo me deja hacer. Le hago el amor

Antología ADO GL 3. Lee mientras viajas

con gran delicadeza y devoción. Se nota que le gusta, que le gusta mucho. La bajo y me voy.

Si después de esto se suicida definitivamente no tiene remedio.

YTSE

No se conocían. Quizá fue el olor a gasolina, la adicción al ruido y al humo lo que los hizo coincidir en la barra de La Chuparrosa Enamorada. Eran motociclistas.

La familia de Andrés se había enriquecido vendiendo manzanas para cerdos al horno. El papá de Álvaro es enterrador. Merx es extraterrestre y Raúl estaba decidido a ser virgen toda su vida. Se oía una balada rock de las más horribles. Bebían *whiskey* y hablaban de motos, llantas, bujías, rutas, climas, cuando ella apareció.

Cuatro corazones taquicardia.

Ella era de Cabizbajía.

Les echó una media mirada de la cintura para arriba.

Raúl, para evitar tentaciones abandonó el lugar. Andrés tuvo una erección inmediata. A Merx le faltaba un brazo y supo que era grave. Álvaro quiso ir al baño.

Ella tenía una cita con una amiga instalada muy cerca de ellos, que continuaban conmocionados, pensando qué fácil es ser idiota en esta vida. Ella les concedió dos medias miradas más y por poco enloquecen.

Nada ocurrió mientras ella y su amiga conversaban. Salvo el silencio de la sangre ardiendo.

Cuando se fue supieron que el destino que los acababa de unir también los acababa de separar.

Merx quedó eliminado por cuestiones raciales.

Raúl, muy confundido, propuso juegos para que de ahí surgiera el afortunado. Lo excluyeron aduciendo la

importancia de ser firme en los propósitos y que el suyo era muy especial y que demostraba lo grande que era.

Merx, muy excitado, pidió participar pero fue en vano.

Raúl abrió su computadora y compartió la información sobre Cabizbajía: gente peligrosa, pendenciera y muy hermosa. La base de su economía es el comercio de órganos con otros planetas.

Andrés y Álvaro intentaron convencerse entre ellos de desistir. Inútil. Merx, lleno de tristeza, se apartó.

Álvaro y Andrés decidieron jugarse el liderazgo en lo que mejor sabían hacer: correr motos. Dos vueltas al circuito serían suficientes y allá fueron. Raúl sería el juez.

Una hora después regresaron: uno exultante, el otro realmente derrotado.

Cuando llegaban, Merx salía con la chica llevándola de la cintura con su único brazo. Protestaron, hey, hey, ¿qué te pasa imbécil? No tienes derecho. Ytsé, expresó ella con tanta energía y ojos menos bellos que flamígeros, que dejó sus oídos vibrando. Ave María purísima. Merx, mirando al frente, con ese porte abusivo de los triunfadores, la condujo con señorío.

Entonces, qué remedio, despejaron, más valía llevar la fiesta en paz. Una hora después la amiga, cuyo país acababa de salir de una guerra, abandonó el lugar con un gesto de ahí se ven. Pronto escucharon la explosión de una nave que se largaba. Aguardaron.

No resistieron y fueron por Merx. Lo encontraron sin brazos, sin piernas y sin un par de órganos internos; pero con una sonrisa que los motivó a dejarlo así, para no afectarla

CUANDO LA MATI SALIÓ DEL CLÓSET

JORGE MOCH

Cuando la Mati salió del clóset mató a un pobre diablo. La culpa la tuvo Yoyita, por la receta. O Poncho, el hermano de Mati, por esa manía de irse a cargar gasolina y revisar el aire de los neumáticos y el agüita de los limpiabrisas a la camioneta precisamente cuando iban saliendo de viaje aunque a la salida de la ciudad abundan las gasolineras. La verdad, la culpa la tuvo el pobre diablo.

Sucedió un mediodía de primavera, cuando por primera vez en décadas Poncho y Mati se convencieron mutuamente de irse de vacaciones y no dejar la miscelánea encargada a nadie, ni preocuparse, aunque fuera sólo por unos días, del camión repartidor o de si los aguacates se estaban poniendo pachichis sin venderse. Amónos al mar, dijo Poncho, y Mati replicó ¡Sí, a Melaque!, y por vez primera en mucho tiempo no discutieron. En los días que siguieron Mati estuvo contenta, mirando el calendario acercarla a los besos espumosos de las olas, sin enojarse con las señoras que exigían la devolución del importe de las botellas de cerveza, ni con los chiquillos que la espían para robar caramelos del mostrador. Los días transcurrían con una lentitud que le provocaba achuchones casi dolorosos en la panza de pura anticipación gozosa,

porque hacía tanto tiempo que no faltaba a la rutina de levantarse muy temprano y tener todo listo para cuando Poncho, rayando las siete de la mañana, volvía de la central de abastos con la camioneta repleta de frutas, cajas de dulce, paquetes de jabón, galletas y todo lo que se pudiera vender en aquella esquina del barrio. Por fin se iba a desentender de hacer cuentas y cuidarle las manos a la gente; de pesar y despachar frijol; de acomodar latas de atún en los estantes; de tener que arrear al tonto que mantenían de ayudante más por cristiana caridad que por razones de eficiencia. Al fin iba a poder sentirse libre, aunque fuera un ratito, de la familia, porque también se iban a alejar de ahijadas panzonas, de sobrinos llorones y sobrinas encajosas. Se iban a ir ellos dos solos, casi como si fueran un matrimonio aunque el sólo recuerdo de añejas habladurías todavía le revolvía las tripas a la Mati, porque no podía perdonar que aún, a estas alturas de sus vidas, hubiese quien cuchicheara que los hermanos esos, mire usted, ninguno de los dos se casó, y viven juntos, andan juntos siempre y a saber cómo duermen. Como muertos, dormían, viejas estúpidas, víboras sarnosas, decía la Mati para sí, sabedora de cómo los deslombaba el negocio.

Así que, feliz, arrancó la página de la revista que le había prestado Yoyita. Luego se encerró en su recámara con los tubos para el pelo y los aguacates, el aceite de oliva, las rebanadas de pepino y respondió síes y ajases cuando Poncho avisó que se iba a poner a punto la camioneta. Y estaba Mati contenta pero sin querer sonreír, porque se le agrietaba la mascarilla, cuando es-

cuchó el vidrio que se rompía con un ruido sordo, y adivinando que se trataba de un robo, se dejó invadir por el pánico. Abrió despacito la puerta. Iba a cerrar cuando oyó los pasos en la escalera. Eran botas y Poncho nunca las usaba a menos que fuera al rancho. Además, estaba segura, Poncho llevaba ese día sus sandalias de asueto. Las de los domingos. Entonces la Mati, apenas contenido el miedo, se metió al clóset y deslizó la puerta con mucho cuidado, rezando para que no chirriase, y aquellos tamborazos que oía no eran más que ese miedo, hablando con latidos desbocados, su respiración agitada, las ganas de resoplar apenas constreñidas. En la oscuridad se dio cuenta de que se estaba mordisqueando un puño. Otra vez ese ruido. ¿Era allí, o era a lado, en el cuarto de Poncho?, ¿y Poncho?, ¿cuánto hacía que se había ido?, ¿por qué se había ido?, ¿quién era el que hacía esos ruidos sordos?, ¿no habría exagerado cualquier ruido? Y se tranquilizó un poco, y mezcló las ganas de orinar con una vaga idea de estar haciendo el ridículo, y entonces se le apareció el diablo.

En vida se llamó Amador Quintero. Claro que eso se supo mucho después, cuando la policía, y el licenciado, y los del forense. Se dedicó a ratero desde que se quedó sin chamba. Lo habían encerrado varias veces, pero lo habían soltado porque estaba muy enfermo, una afección cardiaca severa, y el trajín de la cárcel lo estresaba demasiado y bueno, había dicho un judicial que no era un güey peligroso. Era frágil. Chaparro, flacucho. De una fragilidad tal que cuando abrió un clóset, en el último de sus robos, le salió una señora fea como pegarle a Dios, con la

cara embarrada de aguacate y pedazos de pepino, el pelo enrulado y un trapo en la cabeza. Y gritó aquella visión del infierno y él quiso gritar más fuerte, tal vez para darse valor, pero el pistón se le reventó allí mismo y se murió sin mayores sufrimientos.

Sin cavilaciones. Sin remordimientos. Sin saber que le robaba a su víctima las vacaciones y la felicidad de buena parte del resto de su vida, porque recién la convertía en mito urbano. Y todo porque la Mati salió del clóset.

TENGA PARA QUE SE ENTRETENGA

JOSÉ EMILIO PACHECO

Estimado señor: Le envió junto con estas líneas el informe confidencial que me solicitó. Espero que lo encuentre de su entera satisfacción.

Incluye recibo timbrado por \$1,200.00 (un mil doscientos pesos moneda nacional) que le ruego se sirva cubrir por cheque, giro o personalmente en estas oficinas.

Advertirá usted que el precio de mis servicios profesionales excede ligeramente lo convenido. Ello se debe a que el informe salió bastante más largo y detallado de lo que supuse en un principio. Tuve que hacerlo dos veces para dejarlo claro, ante lo difícil y aun lo increíble del caso. Redactarlo, dicho sea entre paréntesis, me permitió practicar mi hobby, que consiste en escribir sin ningún ánimo de publicación, por supuesto.

En espera de sus noticias, me es grato saludarle y ponerme a su disposición como su affmo. y ss.

Ernesto Domínguez Puga
Detective Privado

INFORME CONFIDENCIAL

El 9 de agosto de 1943 la señora Olga Martínez de Andrade salió de su domicilio en Tabasco 106, Colonia Roma, acompañada de su hijo de seis años, Rafael Andrade Martínez. La señora tenía una invitación para comer en casa de su madre, doña Caridad Acevedo de M., que habitaba en Gelati número 36 bis, Tacubaya. Aprovechando la hora temprana y la cercanía decidió llevar a su niño a Chapultepec.

Rafael estuvo muy contento jugando en las resbaladillas y columpios del sector de Chapultepec conocido en aquel entonces como Rancho de la Hormiga, atrás de la residencia presidencial de Los Pinos. Después caminaron hacia el lago por la Calzada de los Filósofos y se detuvieron un instante en la falda del cerro.

Cierto detalle que incluso ahora, tantos años después, pasa inadvertido a los transeúntes, llamó inmediatamente la atención de Olga; los árboles que crecen allí tienen formas extrañas, sobrenaturales se diría. No pueden atribuirse al terreno caprichoso ya que parecen aplastados por un peso invisible. Tampoco a la antigüedad, pues —nos informó la administración del Bosque— tales árboles no son vetustos como los ahuehuetes de las cercanías: datan del siglo XIX. El archiduque Maximiliano ordenó sembrarlos en vista de que la zona fue devastada en 1847 a consecuencia de la batalla de Chapultepec y la toma del Castillo por el ejército norteamericano.

Rafael estaba cansado y se tendió de espaldas en la hierba. Su madre tomó asiento en el tronco vencido de

uno de aquellos árboles que, si usted perdona la pobreza de mi vocabulario, calificaré otra vez de sobrenaturales.

Transcurrieron varios minutos. Olga sacó su reloj. Acercándose mucho a los ojos vio que eran las dos y dijo que ya debían irse a casa de la abuela. Rafael le suplicó que lo dejara un rato más. La señora aceptó de mala gana, inquieta porque en el camino se había cruzado con varios aspirantes a torero quienes, ya desde entonces, hacían sus prácticas cerca de la colina en unos estanques perpetuamente secos, muy próximos también al sitio que se asegura fue el baño de Moctezuma.

Para esas horas Chapultepec había quedado desierto. Ya no se escuchaba ruido de automóviles ni rumor de lanchas en el lago. Con una ramita, el niño se divertía en poner obstáculos al desplazamiento de un caracol. De pronto se abrió un rectángulo de madera oculto bajo la hierba rala del cerro y apareció un hombre que dijo a Rafael:

—Déjalo, no lo molestes. Los caracoles no muerden y conocen el reino de los muertos.

Salió del subterráneo, fue hacia la señora, le tendió un periódico doblado en dos y una rosa con un alfiler.

—Tenga para que se entretenga. Tenga para que se la prenda.

Olga dio las gracias, muy confundida por la brusquedad de la aparición y las desusadas aunque cordiales palabras del recién llegado. El hombre respondió con una sonrisa y una reverencia. Olga pensó que sería un vigilante, un guardián del castillo. La sorprendió —insisto— hallarlo tan amable.

Rafael se había acercado al hombre y lo tironeaba de la manga.

—¿Ahí vives? —preguntó.

—No; más abajo, más adentro.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Y no tienes frío?

—No.

—Llévame a conocer tu casa. Mamá ¿me das permiso?

—Rafaelito, por favor, no molestes. Dale las gracias al señor y vámonos ya, pues tu abuelita nos está esperando.

—Permítale asomarse, señora. No lo deje con la curiosidad.

—Pero, Rafaelito, debe de estar muy oscuro. ¿No te da miedo?

—No mamá.

La señora miró al hombre con un gesto de resignación y asintió. Rafael tendió la mano al guardia, quien dijo antes de iniciar el descenso:

—Ya volveremos, usted no se preocupe.

—Cuídelo mucho por favor.

—Nada más le voy a enseñar la boca del túnel.

Según el testimonio de parientes y amigos, Olga fue siempre muy distraída. Así, juzgo normal la curiosidad del niño, aunque contradictoriamente —y disculpe usted la insistencia— no dejó de extrañarle la cortesía del vigilante. Guardó la flor en su bolsa y desdobló el periódico. No pudo leerlo pues si bien apenas tenía veintisiete

años ya necesitaba lentes bifocales y no le gustaba usarlos en lugares públicos.

Pasó un cuarto de hora. Su hijo no regresaba. Olga se inquietó y fue hasta la entrada del pasadizo. No pudo bajar: la oscuridad la atemorizó. Entonces gritó llamando a Rafael y al hombre que se lo había llevado. Sintió terror porque nadie contestaba. Corrió hacia los estanques secos. Dos aprendices de novillero practicaban allí. Entre sollozos, Olga les pidió ayuda y les informó de lo sucedido.

Llegaron rápidamente al sitio de los árboles aplastados. Los torerillos cruzaron miradas al ver que no había ninguna boca de ningún subterráneo. Buscaron a gatas sin encontrar nada. No obstante, en manos de Olga estaban la rosa, el alfiler, el periódico, y en el suelo la ramita con que había jugado Rafael.

Supondrá usted que a estas alturas la señora gritaba y gemía, presa de un verdadero *shock*. Los torerillos comenzaron a tomar en serio lo que habían creído una broma y una posibilidad de aventura. Uno de ellos se apresuró a hablar por teléfono en un puesto a orillas del lago. Otro permaneció al lado de la mujer para intentar calmarla.

Veinte minutos después se presentó en Chapultepec el ingeniero Andrade, esposo de Olga y padre del niño. En seguida aparecieron policías, vigilantes del Bosque, la abuela, parientes, amistades, así como la muchedumbre de curiosos que siempre parece estar invisiblemente al acecho en todas partes y que se materializa cuando sucede algo fuera de lo común.

El ingeniero tenía negocios y estrecha amistad con el general Maximino Ávila Camacho, hermano del Señor Presidente y por entonces —como usted recordará— ministro de Comunicaciones y la persona más importante del régimen. Bastó una llamada telefónica del general para movilizar a más o menos la mitad de todos los efectivos policiacos, cerrar el Bosque, expulsar a los curiosos, detener e interrogar a los torerillos.

Don Maximino, que en paz descanse, envió a uno de sus ayudantes a mi oficina de las calles de Palma. (Yo le había hecho servicios confidenciales de la índole más delicada y tuve el honor de disfrutar de su confianza). Dejé todos mis quehaceres para salir rumbo a Chapultepec en un coche del ministerio.

Cuando llegué serían las cinco de la tarde. Continuaba la búsqueda. Pero todo fue en vano: no se encontró ninguna pista. Como siempre, los uniformados y los agentes secretos trataron de impedir mi labor. Pero el ayudante de don Maximino facilitó las cosas, y pude comprobar que en la tierra había huellas del niño, no así del hombre que se lo llevó.

El administrador del Bosque dirigía la investigación. Manifestó no tener conocimiento de que existiera ningún pasadizo y ordenó a una cuadrilla excavar en el sitio donde la señora aseguraba que desapareció su hijo. No hallamos, en efecto, sino oxidados cascos de metralla y raíces deformes.

La caída de la noche obligó a interrumpir la busca para reanudarla a la mañana siguiente. Los torerillos fueron llevados como sospechosos a la inspección de

Policía. Yo acompañé al ingeniero Andrade a reunirse con su esposa que ya estaba al cuidado médico en un sanatorio particular en Mixcoac. Obtuve permiso de interrogarla. Sólo saqué en claro lo que consta al principio de esta comunicación.

Ahora lamento de verdad que el disgusto ante algunas majaderías escritas en mi contra me haya impedido guardar recortes de periódicos. Los de la mañana no alcanzaron la noticia; los vespertinos la pusieron a ocho columnas relegando a segundo término las informaciones de guerra. Un pasquín ya desaparecido se atrevió a afirmar que Olga sostenía relaciones perversas con los dos torerillos. El sitio de reunión y el escenario de sus orgías era Chapultepec. El niño resultaba (¡imagínese usted!) el inocente encubridor que al darse cuenta de los hechos tuvo que ser eliminado.

Esta versión absurda y difamatoria no prosperó: don Maximino lanzó una orden fulminante para que el calumniador fuera cesado y se perdiera en la noche de los tiempos a riesgo de que se le aplicara el clásico “carreterazo”.

Otro periódico sostuvo que hipnotizaron a la señora y le hicieron creer que había visto lo que contó. El niño fue víctima de una banda de “robachicos” que pedirían rescate o lo mutilarían con objeto de explotarlo forzándolo a pedir caridad.

Aún más irresponsable, un tercer diario se atrevió a confundir a sus lectores asegurando que Rafael fue raptado por una secta que adora dioses prehispánicos y practica sacrificios humanos en una cueva de Chapulte-

pec, que como usted sabe fue el bosque sagrado de los aztecas. (Semejante idea parece inspirarse en una película de Cantinflas: *El signo de la muerte*).

En fin, el público encontró un escape de las tensiones de la guerra, la escasez, la carestía, los apagones preventivos, el descontento político, y se apasionó por el caso durante algunas semanas mientras continuaban las investigaciones en Chapultepec.

Cada cabeza es un mundo, cada quien piensa distinto y nadie se pone de acuerdo en nada. Con decirle que hasta se le dio un sesgo electoral a todo este embrollo: a fin de cerrarle el paso hacia la presidencia a don Maximino (pues era un secreto a voces que sucedería en el poder a don Manuel, fraternalmente o por fuerza de las armas), se difundió la calumnia de que el general había mandado secuestrar a Rafaelito para que no informara al ingeniero de sus relaciones con la señora Olga.

Usted recordará que ese personaje extraordinario tuvo un gusto proverbial por las llamadas “aventuras”. La discreción, el profesionalismo, el respeto a su dolor y a sus actuales canas, me impidieron decirle antes a usted que en 1943 Olga era una mujer bellísima. De modo que la difamación cayó en un terreno fértil, aunque el rumor no llegó ni llegará nunca a letras de molde.

Tan inesperadas derivaciones tenían que encontrar un hasta aquí. Por métodos que no viene al caso describir se obtuvo que los torerillos firmaran una confesión que aclaró las dudas y acalló a la maledicencia. Aprovechando la soledad del Bosque y la mala vista de la señora habían montado la historia del hombre del subterráneo

con el propósito de raptar al niño y exigir un rescate (el ingeniero Andrade se había hecho rico en pocos años a la sombra de don Maximino). Luego, atemorizados, dieron muerte a Rafaelito, lo descuartizaron y arrojaron sus restos al canal del desagüe.

La opinión pública tiene (o tenía) el defecto de la credulidad y no exigió se puntualizaran algunas contradicciones. Por ejemplo: a qué horas descuartizaron los torerillos al niño y lo echaron a las aguas negras —situadas en su punto más próximo a unos veinte kilómetros de Chapultepec— si, como antes dije, uno llamó a la policía y al ingeniero Andrade; otro permaneció junto a Olga, y ambos estaban en el lugar de los hechos cuando llegaron la familia y las autoridades.

Pero al fin y al cabo todo en este mundo es misterioso y no hay acontecimiento, por nimio que parezca, que pueda ser aclarado satisfactoriamente. Como tapabocas se publicaron fotos de la cabeza y el torso de un muchachito, restos sacados del canal del desagüe. Pese a la avanzada descomposición, cualquier persona habría podido comprobar que los despojos eran de una criatura de once o doce años y no de seis como Rafael. Esto sí no es problema: en México siempre que hay una desaparición y se busca un cadáver se encuentran muchos otros en el curso de la pesquisa.

Dicen que la mejor manera de ocultar algo es ponerlo a la vista de todos. Por ello y también por la excitación del caso y sus impredecibles ramificaciones, se disculpará que yo no empezara por donde procedía: esto es, por interrogar a la señora Olga acerca del individuo que

desapareció con su hijo. Lo imperdonable (debo reconocerlo humildemente) es haber considerado normal que el hombre le entregara una flor y un periódico y por tanto no haber examinado, como correspondía, estas piezas.

Tal vez un presentimiento de lo que iba a encontrar me hizo posponer hasta lo último el interrogatorio. Cuando ya los torerillos, convictos y confesos, purgaban una pena de treinta años en las Islas Marías y todos (menos los padres) aceptaban que los restos hallados en el canal eran los del niño Rafael Andrade Martínez, me presenté en la casa de Tabasco 106 para interrogar de nueva cuenta a la señora.

La encontré muy desmejorada, como si hubiera envejecido veinte años en tres semanas. No perdía la esperanza de recuperar a su hijo. Por ello cobró fuerzas para responderme. El diálogo fue más o menos como sigue, si mi memoria (que siempre ha sido buena) no me traiciona.

—Señora Andrade: al platicar por primera vez con usted en el sanatorio de Mixcoac no juzgué oportuno preguntarle ciertos detalles que ahora considero indispensables. En primer lugar: ¿cómo vestía el hombre que salió de la tierra para llevarse a Rafaelito?

—De uniforme.

—¿Uniforme de militar, policía, guardabosque?

—No, es que, sabe usted, no veo bien sin lentes pero no me los pongo. Por eso pasó todo, por eso.

—Cálmate —intervino el marido cuando Olga comenzó a llorar.

—Perdone, no me contestó usted: ¿cómo era el uniforme?, ¿azul marino?

—Más bien azul pálido, azul claro.

—Continuemos. En mi libreta anoté las palabras que le dijo a usted el hombre: “Tenga para que se entretenga. Tenga para que se la prenda”. ¿No le parecen bastante extrañas?

—Sí, muy raras. Pero en ese momento no me di cuenta. Qué imbécil. No me lo perdonaré jamás.

—¿Había alguna otra cosa anómala en el hombre?

—Ahora que me acuerdo lo veo muy claro, me parece estar oyéndolo: hablaba demasiado despacio y con acento.

—¿Acento regional o como si el español no fuera su lengua?

—Exacto: como si el español no fuera su lengua.

—Entonces ¿cuál acento?

—No sé... quizá... bueno, como alemán.

El ingeniero Andrade y yo nos miramos: había muy pocos alemanes en México. Eran tiempos de guerra, no se olvide, y todos resultaban sospechosos. Ninguno se hubiera prestado a un asunto como éste.

—¿Y él? ¿Cómo era él?

—Alto... sin pelo... olía muy fuerte... como a humedad.

—Señora, disculpe usted el atrevimiento, pero si el hombre era tan extravagante ¿por qué dejó usted que Rafaelito bajara con él?

—No sé, no sé. Por estúpida. Porque siempre lo he consentido mucho. Nunca pensé que pudiera pasarle nada malo... Espéreme, hay algo más: cuando el hombre

se acercó vi que estaba muy pálido... ¿cómo decirle?... blaucuzco... eso es: como un caracol, un caracol fuera de su concha...

—Válgame Dios, pero qué cosas dices —exclamó el ingeniero. Me estremecí. Para fingirme sereno enumeré:

—Bien; conque decía frases poco usuales, hablaba con acento alemán, llevaba uniforme azul pálido, olía mal y era fofo, viscoso. ¿Chaparro, muy gordo?

—No, no, altísimo, muy delgado... ah, con barba.

—¡Barba! Pero si ya nadie usa barba.

—Pero él tenía... No, más bien eran mostachos o patillas... como grises o blancas, no sé.

Vi mi propio gesto de espanto en el rostro del ingeniero. De nuevo quise aparentar serenidad. Dije en tono casual:

—¿Me permite examinar la revista que le dio el hombre?

—Era un periódico, creo yo. También guardé la flor en mi bolsa. ¿No te acuerdas qué bolsa traía?

El ingeniero se puso de pie:

—La recogí en el sanatorio, la guardé en tu ropero. Con los nervios no se me ocurrió abrirla.

Señor, en mi trabajo he visto cosas que horrorizarían a cualquiera. Sin embargo nunca había sentido ni he vuelto a sentir un miedo más terrible del que experimenté cuando el ingeniero Andrade abrió la bolsa.

Sacó una rosa negra marchita (no hay en este mundo rosas negras), un alfiler de oro puro muy desgastado y un periódico totalmente amarillo que casi se deshizo cuando lo abrimos para ver que era *La Gaceta*

del Imperio, con fecha 2 de octubre de 1866, periódico del que —supimos después— sólo existe otro ejemplar en la Hemeroteca.

El ingeniero me hizo jurar que guardaría el secreto. Ahora, después de tantos años y confiado en su buen sentido, me atrevo a revelarlo. Dios sabe que ni mi esposa ni mis hijos han oído nunca una palabra acerca de todo esto.

Desde entonces hasta hoy, sin fallar nunca, la señora Olga pasa el día entero en Chapultepec, caminando por el Bosque, hablando a solas. Y a las dos de la tarde se sienta en el tronco vencido del mismo árbol, con la seguridad de que alguna vez a esa hora la tierra se abrirá para devolverle a su hijo o para llevarla, como los caracoles, al reino de los muertos.

Pase usted por allí cualquier día y la encontrará con el mismo vestido que llevaba el 9 de agosto de 1943: sentada en el tronco, inmóvil, esperando, esperando.

LA INSTRUCCIÓN

IGNACIO SOLARES

Para José Emilio Pacheco

Si tenemos capitán, ¿importan las prohibiciones?

Julio Cortázar, *Los premios*

En el puente de mando, atrás de la ventanilla de grueso cristal violáceo, el capitán contempla un mar repentinamente calmo —de un azul metálico que parece casi negro en los bordes de las olas—, los mástiles de vanguardia, el compacto grupo de pasajeros en la cubierta de proa, la curva tajante que abre las efímeras espumas. “Mis pasajeros”, piensa el capitán.

Apenas un instante antes —algo así como en un parpadeo— dejaron atrás el puerto, que se les perdió de vista como un lejano incendio.

El barco cabecea dos o tres veces, con suavidad.

—Yo, la verdad, capitán, cada vez que salgo a alta mar siento la misma emoción de la primera vez —le comenta el contraмаestre, un hombre de pequeña estatura, sonriente y de modales resbaladizos— ¿Cómo dice el poema de Baudelaire? “Hombre libre, tú siempre añorarás el mar”. Pues yo lo añoro hasta en sueños. El puro aire salino y yodado me cambia la visión del mundo. Como si fuera una gaviota suspendida en lo alto

del mástil, y desde ahí mirara el horizonte. Temo que un día esta emoción se me agote, usted me entiende. El paso del entusiasmo a la rutina es una de las mejores armas de la muerte, lo sabemos.

El capitán realiza su primer viaje en tan importante cargo, algo que esperó con ansiedad creciente desde el instante mismo en que decidió hacerse marinero.

Con actitud ceremoniosa levanta la cabeza, mete la mano al bolsillo interior del saco de hilo blanco (que apenas estrena) y toma la instrucción lacrada que, se le advirtió, sólo debería abrir ya en alta mar.

Desde hace días el corazón se le desboca con facilidad. Y hoy por fin llega al momento que, supone, pondrá fin a su incertidumbre sobre el rumbo por seguir, la clase de travesía que deberá realizar, cómo y con qué medios resolverá los problemas que enfrente.

Rompe los sellos como si rasgara su propia piel, abre el sobre y, para su sorpresa y desconsuelo, se encuentra con un texto fragmentado y casi invisible.

—¡Otra vez esta maldita broma!— dice el contramaestre chasqueando la lengua al descubrir el instructivo por encima del hombro del capitán. —Siempre la hacen a quienes ocupan el cargo de capitán por primera vez. Dizque para probar sus habilidades y capacidad de improvisación.

—Pues me parece una broma de lo más pesada. Y absurda, porque ahora no sabremos a dónde dirigirnos.

—De eso se trata, he oído decir que dicen. Precisamente, que en éste su primer viaje como capitán usted mismo decida a dónde ir, qué escalas hacer, cómo en-

frentar los problemas que se le presenten. Incluso, cómo explicar y convencer a los pasajeros de la ruta que decida seguir y el por qué.

—Algunas palabras se leen aquí con cierta claridad— dice el capitán entrecerrando los ojos para enfocar el amarillento trozo de papel.

—Y si le ponemos un poco de agua quizá puedan leerse algunas más.

Con la punta del índice, como con un suave pincel, el contraatastre le pasa un poco de agua al papel.

—¡Mire, se han aclarado otras palabras!

—No demasiadas.

—Quizá sean suficientes. Por lo pronto, nos aclaran el Sur en vez del Norte y, lo más importante, que el nuestro no debe ser un viaje de recreo sino más bien formal y ceremonioso. Mire, aquí se lee muy clara la palabra “ceremonioso” y creo que la siguiente palabra es “ritual”.

—Ya me imagino explicándoles yo a los pasajeros que éste será un viaje “ritual”.

—Pues por lo menos tiene usted una pista de lo que debe decirles. He visto instructivos en que la única palabra que aparece es “convencerlos”, pero no se sabe de qué ni por qué. Además, usted por lo menos tiene muy clara la palabra “Sur”. Es mucho peor cuando le aparece “rumbo desconocido”, porque entonces toda la responsabilidad recaería sobre usted. Supe de un capitán que mal interpretó las instrucciones que se le daban... —y una chispita de ironía brilla en los ojos del contraatastre. Bueno, no exactamente que se le dieran las instrucciones, sino que él debía adivinarlas en un papel como éste. Las

malinterpretó y zozobró a los pocos días de haber zarpa-
do. Otro más se desesperó tanto ante la confusión de las
instrucciones que lanzó el trozo de papel por la borda. Lo
único que consiguió fue que pocas horas después se pa-
raran las máquinas del barco y no pudiéramos volverlas
a echar a andar por más intentos que hicimos —las aletas
de la nariz se le dilatan y respira profundamente. —O,
en fin, me contaron de un caso aún más grave, porque
la irresponsable y manifiesta desesperación del capitán
provocó enseguida que una enfermedad infecciosa de lo
más rara se declarara a bordo.

—Pero, ¿quién puede asumir unas instrucciones
que no se le dan con suficiente claridad?— pregunta el
capitán al tiempo que se le marcan las comisuras de los
labios, en un gesto casi de asco.

—Creo que éste es el punto más delicado que en-
frentará usted, por lo que me ha tocado ver. Hay capitanes
que con muchas menos palabras en su instructivo toman
una actitud tan decidida que así se lo hacen sentir a la
tripulación y a los pasajeros. La respuesta por lo general
es de lo más positiva. En cambio he visto a otros que, al
titubear, provocan un verdadero motín a bordo, y no ha
faltado la tripulación que se subleva y toma el mando de
una manera violenta, con todas las implicaciones que ello
significa para el resto del viaje.

—¿Y los pasajeros?

—Con los pasajeros más le vale tener un cuidado
supremo. Porque si no están de acuerdo con sus decisio-
nes, una queja por escrito a nuestras altas autoridades
puede costarle a usted el puesto, lo cual significaría que

éste fue su debut y despedida como capitán de un barco. Pueden hasta fincarle responsabilidades y demandarlo. Supe de un capitán que tardó años en pagar la demanda que le pusieron los pasajeros por daños y perjuicios.

—Dios santo.

—Empezarán por cuestionarle el rumbo que tome. Si va usted al Sur, le dirán que ellos pagaron su boleto por ir al Norte. Le van a blandir frente a la cara sus boletos, prepárese. Pero si decide cambiar de rumbo e ir al Norte, será peor, porque no faltarán los que, en efecto, prefieran ir al Sur, y lo mismo, van a amenazarlo con quién sabe cuántas demandas. Otro tanto le sucederá con las escalas que realice. Nunca conseguirá dejarlos satisfechos a todos, y más le vale tomar sus decisiones sin consultarlos demasiado. Simplemente anúncielas como un hecho dado, y punto. O sea, partir de que los pasajeros nunca saben lo que en realidad quieren y tomar las decisiones por encima de ellos, por decirlo así.

—¿Y si definitivamente no están de acuerdo con esas decisiones?

—Rece usted porque no le suceda algo así. Estuve en un barco en el que los pasajeros se negaron a aceptar el rumbo que decidió tomar el capitán y exigieron que les bajaran las lanchas salvavidas para regresar al puerto del que acababan de zarpar.

El capitán sostuvo el trozo de papel con dos dedos como pinzas y lo volvió para uno y otro lado. Suspiró.

—Si por lo menos lograra poner en orden las palabras que aquí aparecen. Pero son demasiados los espacios en blanco entre ellas.

—Consuélese. Recuerdo que un capitán cayó de rodillas apenas abrió el sobre sellado y se puso a orar por, según él, la gracia concedida de contar con unas cuantas palabras para guiarse en su viaje. Luego me decía: “Me complace pensar que los fundadores de religiones, los profetas, los santos o los videntes, han sido capaces de leer muchas más palabras que nosotros en estos textos casi invisibles, tras de lo cual seguramente los han exagerado, adornado o dramatizado, pero la verdad es que nos dejaron un testimonio invaluable para cada uno de nuestros viajes”.

—Prefiero atenerme a mis limitadas capacidades. ¿Y si le ponemos un poco más de agua?

—Inténtelo. Aunque si lo moja demasiado corre el riesgo de borrar alguna palabra. Lo mismo con la saliva, he comprobado que puede dar pésimos resultados. Quizá sea preferible conformarse con lo que tiene a la mano y no ambicionar más. Concéntrese en algunas de las palabras que se le dieron, léalas una y otra vez, búsqúeles su sentido más profundo. Ahí tiene una, por ejemplo, que si la sabe apreciar, debería estremecerlo hasta la médula.

—¿Cuál?

—“Constelación”. ¿Le parece poco? Nomás calcule todas las implicaciones que puede encontrarle. Experimentelo esta misma noche. ¿O no ha percibido usted el acorde, el ritmo que une a las estrellas de una constelación? ¿O tampoco ha notado que las estrellas sueltas, las pobres que no alcanzan a integrarse en una constelación, parecen insignificantes al lado de esa escritura indescifrable?

—¡No me hable más de escritura indescifrable, por favor! —dijo el capitán con un gesto de dolor.

El contraмаestre no pareció escucharlo y miró fijamente hacia el cielo azul, como si sus palabras vehementes consiguieran ya empezar a oscurecerlo.

—El hombre debe de haber sentido desde el principio de la historia que cada constelación era como un clan, una sociedad, una raza. Algunas noches yo he vivido la guerra de las estrellas, su juego insoportable de tensiones, y si quiere un buen consejo espérese a la noche para contemplar el cielo antes de tomar cualquier decisión.

El barco tiembla, crece en velas y gavias, en aparejos desusados, como si un viento contrario lo arrastrara por un instante a un rumbo imprevisto.

Aquella noche, en efecto, el capitán ni siquiera intenta dormir (quizá tampoco lo intente las siguientes noches) y furtivamente sale de su camarote a pasear por la cubierta de proa. El cielo incandescente, el aire húmedo en la cara, lo exaltan y le atemperan la angustia que lo invade. El espectáculo sube bruscamente de color, empieza a quemarle los párpados. Los astros giran levemente.

“Ahí tiene una palabra que si supiera leerla lo estremecería hasta la médula”, recuerda que le dijo el contraмаestre.

Contempla el trazo lechoso de la Vía Láctea cortado por oscuras grietas, el suave tejido de araña de la nebulosa de Orión, el brillo límpido de Venus, el resplandor contrastante de las estrellas azules y de las estrellas rojas. ¿Quién advierte la muerte de una estrella cuando todas ellas viven quemándose a cada instante? La luz que ve-

mos es quizá tan sólo el espectro de un astro que murió hace millones de años, y sólo existe porque la contemplan nuestros pobres ojos. ¿Existe sólo por eso? ¿Existe sólo para eso?

El palo mayor del barco deja de acariciar a Perseo, oscila hacia Andrómeda, la pincha y la hostiga hasta alejarla.

El capitán quiere establecer y ahincar un contacto con su nave y para eso ha esperado el sueño que iguala a sus tripulantes, se ha impuesto la vigilia celosa que ha de comunicarlo con la sustancia fluida de la noche. ¿Será posible tomar hoy mismo una decisión?

Recuerda algunas de las otras palabras sueltas del instructivo, algún sustantivo redondo y pesado. Baja la cabeza y reconoce su incapacidad para descifrar el jeroglífico. Ya casi no entiende que no ha entendido nada. Siente que la fatalidad trepa como una mancha por las solapas de su saco nuevo. ¿Renunciar de una buena vez, aceptar que le finquen responsabilidades, pagar las demandas de los pasajeros? ¿O seguir, resistir un poco más, trepar los primeros escalones de la escalera de la iniciación?

Visiones culposas de barcos fantasmas, sin timonel, cruzan ante sus ojos.

Pero le basta levantar la cabeza y mirar los ramos resplandecientes en el cielo para que regrese el fervor. Entorna los labios y osa pronunciar otra palabra del instructivo, luego otra y otra más, sosteniéndolas con un aliento que le revienta los pulmones. ¿Qué otra cosa somos sino verbo encarnado?, piensa. De tanta fragmenta-

ria proeza sobreviven fulgores instantáneos. La fragorosa batalla del sí y del no parece amainar, escampa el griterío que le punza en las sienas. Sus dedos se hunden en el hierro de la borda.

Se vuelve y mira hacia el puente de mando. El arco del radar gira perezoso. El capitán tiembla y se estremece cuando una silueta se recorta, inmóvil, de pie, contra el cristal violáceo. “Soy yo mismo”, supone. “Tenemos capitán.” Y es como si en su sangre helada se coagulara la intuición de una ruta futura, por más que se trate de una ruta inexorable.

Sealtiel Alatríste

Escritor, editor, diplomático y promotor cultural. Su obra narrativa se ubica en el melodrama humorístico y en la estética cinematográfica mexicana de mediados del siglo XX. Actualmente es coordinador de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Nació en la Ciudad de México. Estudió Administración de Empresas y Letras Españolas en la UNAM. Ha sido director comercial y miembro del Consejo de Administración de la editorial Nueva Imagen; coordinador de Difusión Cultural del Instituto Cultural Helénico; director editorial de Alianza Editorial Mexicana y Grupo Editorial Patria; editor asociado del FCE y de la Coordinación de Humanidades de la UNAM; editor y director de Alfaguara México; director de comunicación y coordinación editorial del Grupo Santillana-Alfaguara México; cónsul general de México en Barcelona. Colaborador de *La Jornada*, *Reforma*, y *Revista Universidad de México*. Miembro del SNCA desde 1997. Premio Internacional de Novela Planeta/Joaquín Mortiz 1994 por *Verdad de amor*.

Otras de sus obras son: *Besos pintados de carmín* (2008), *Conjura en la Arcadia* (2003), *El daño* (2000), *Los desiertos del alma, relato de la muerte de mi madre* (1997), *En defensa de la envidia* (1992), *Quien sepa de amores* (1989), *Tan pordiosero el cuerpo* (1987) y *Por vivir en quinto patio* (1985).

Rosa Beltrán

Escritora y periodista. Traductora y catedrática en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde estudió Letras Hispánicas. Se licenció y doctoró en Literatura Comparada en la Universidad de California. Ha publicado varios relatos y fue la subdirectora de *La Jornada Semanal*. Beltrán tiene obras de la ficción traducidas al inglés, el italiano, y el holandés. En 1994 fue honrada por la American Association of University Women por talento literario y la calidad de su obra crítica sobre las escritoras femeninas del Siglo XX. Ganó el premio Florence Fishbaum por su ensayo *América sin americanismos* y el Premio Internacional de Novela Planeta/Joaquín Mortiz en 1995 por su novela *La corte de los ilusos*. Algunas de sus obras son: *La Espera* (1986), *Amores que matan* (1996), *América sin americanismos* (1997), *El paraíso que fuimos* (2002), *Alta infidelidad* (2006) y *Cambios cosméticos* (2006).

Lydia Cacho

Lydia María Cacho Ribeiro es periodista y escritora, nacida en la Ciudad de México. Fundadora del Centro Integral de Atención a las Mujeres —CIAM Cancún—, dedicado a la atención de mujeres e infantes víctimas de violencia doméstica y sexual. Columnista política de *La voz del Caribe*, directora editorial de la revista *Esta boca es mía: Apuntes de equidad y género*. Se especializa en temas de violencia y género para la Agencia de las Naciones Unidas para la Mujer (Unifem). Cofundadora de la Red de Periodistas de México, Centroamérica y el Caribe, y de la Red Nacional de Refugios para mujeres que viven violencia. Corresponsal de la agencia de noticias CIMAC. Ha recibido los premios: Yo Donna, de España, a la labor humanitaria (2006); Ginetta Sagan, de Amnistía Internacional (2007); el de la Fundación Internacional de Mujeres en los Medios (2007); el Mundial “Valentía en el periodismo” (2007); el Mundial “UNESCO-Guillermo Cano” de libertad de prensa (2008); el III Premio Casa América Catalunya a la libertad de expresión (2008), entre otros.

Ha publicado los libros: *Las provincias del alma* (2003); *Los demonios del edén. El poder que protege a la pornografía infantil* (2005); *Esta boca es mía* (2006); *Memorias de una infamia* (2007); *Muérdete el corazón* (2005); *Memorias de una infamia* (2008); *Con mi hij@ no. Manual para prevenir, entender y sanar el abuso sexual* (2008); *Memorias de una infamia* (2009); y *Esclavas del poder*, (2010).

Marco Antonio Campos

Poeta, narrador y ensayista mexicano nacido en la Ciudad de México. Licenciado en Derecho por la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue lector en las Universidades de Salzburgo y Viena, de 1988 a 1991; profesor invitado de la Brigham Young University en 1991; y catedrático en la Universidad Hebrea de Jerusalén en 2003. Ha sido además, director de Literatura de Difusión Cultural de la UNAM, director (en dos épocas) del periódico de *Poesía* y coordinador del Programa de Humanidades de la misma universidad. Ha dictado cursos sobre poesía y literatura en varios países de América y Europa. Cuatro veces becario del Colegio Internacional de Traductores Literarios de Arles en Francia, y miembro de la Académie Mallarmé en el mismo país. Es traductor de muchos autores, entre los que se cuentan, Baudelaire, Rimbaud, Gide, Artaud, Saba, Ungaretti, Quasimodo y Trakl. Su obra ha sido galardonada en México con los premios Xavier Villaurrutia y Nezahualcóyotl; en España con el Premio Casa de América y Premio del Tren 2008 Antonio Machado, y en Chile con la Medalla Presidencial Centenario de Pablo Neruda. Su poesía está contenida en los siguientes libros: *Muertos y disfraces* (1974), *Una seña en la sepultura* (1978), *Monólogos* (1985), *La ceniza en la frente* (1979), *Los adioses del forastero* (1996), *Viernes en Jerusalén* (2005), *Árboles* (2006) y *Aquellas cartas* (2008).

Laura Esquivel

Escritora mexicana autora del sonado *best-seller* *Como agua para chocolate*. Entre 1979 y 1980 escribió programas infantiles para una cadena cultural de la televisión mexicana y, en 1983, fundó el Centro de Invención Permanente, integrado por talleres artísticos para niños, asumiendo su dirección técnica. Su trabajo en televisión le dio estímulo para dedicarse a la escritura de guiones para cine. Fue cuando decidió escribir *Como agua para chocolate*, que destaca la importancia de la cocina en una casa mexicana, elevándola a fuente de conocimiento y comprensión; de gusto y deseo. La cinta, realizada por Alfonso Arau (1992) recibió 10 arieles. Tanto la película como el libro, traducido a más de 30 idiomas, tuvieron mucho éxito en diversos países. En 1994 le otorgaron el Premio ABBY (American Bookseller Book of the Year), galardón que por vez primera fue concedido a una escritora extranjera. En 2004 publicó su último libro, *Malinche*.

Francisco Gerardo Haghenbeck

Nació en la Ciudad de México. Escritor y guionista de cómics. Entre sus obras destaca *Trago Amargo*, novela que recibió el Premio Nacional de Novela Una Vuelta de Tuerca en el año 2006. En conjunto con Brian Augustyn y Oscar Pinto escribió el guión de *Crimson*, una serie de cómics de fantasía y horror, primero publicada por Image Comics y después como parte de la línea Wildstorm, de DC Comics, entre 1999 y 2001.

Su siguiente obra fue *Alternation*, publicada por Image Comics en el año 2004. Además creó el guión, también con Oscar Pinto y Brian K. Vaughan para una versión de *Superman* de DC Comics en 2002. Editó y escribió *Los 7 pecados capitales para el gobierno de la Ciudad de México*, serie de cómics destinada a la denuncia y prevención de delitos; *Los Chidos*, una historieta sobre control natal para emigrantes mexicanos; y la colección *Clásicos universales en cómic* de la Editorial Clío. En 2010 escribió la antología de cómic *Un mexicano en cada hijo te dio*, en Editorial Altea, de Grupo Santillana; además del cuento para niños *Santa vs los vampiros y los hombres lobo*, con Tony Sandoval, para Editorial Norma. Escribió las novelas *Trago Amargo*, *El código nazi* y *Solamente una vez: toda la pasión y melancolía en la vida de Agustín Lara...* En 2009 escribió la novela *Hierba Santa*, una biografía en realismo mágico sobre Frida Kahlo publicada por la Editorial Planeta, traducida a varios idiomas. En 2010 publicó el *thriller* *Aliento a muerte*.

Adriana Malvido

Periodista mexicana nacida en la Ciudad de México en 1957. Cursó estudios en Comunicación en la Universidad Iberoamericana. Hizo sus primeras armas en el periódico *Uno más uno* y colaboró, entre otros medios, con la revista política *Proceso*. Ha escrito tanto sobre el pasado y la cultura de su país como acerca del impacto de las nuevas tecnologías en la sociedad. Es coeditora de la revista *Bookbird* de literatura infantil. Entre sus obras destacan: *La reina roja. El secreto de los mayas en Palenque* (2006); *Zapata sin bigotes, andanzas de Guillermo Arriaga el bailarín* (2003); *Por la vereda digital* (1999); *Nahui Olin, la mujer del sol* (1994); *Atlas de museos de México* (1987, con *Myriam Cerda*). Obtuvo el premio Jesús Galindo y Villa, del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México (1998).

Elmer Mendoza

Escritor mexicano. Además de dramaturgo es también autor de tres volúmenes de cuentos: *Mucho qué reconocer* (1978), *Trancapalanca* (1989), *El amor es un perro sin dueño* (1992); y de dos crónicas sobre el narcotráfico; *Cada respiro que tomas* (1992) y *Buenos muchachos* (1995). Actualmente da clases en la Universidad Autónoma de Sinaloa y es un incesante promotor de la lectura e instituciones culturales, desde su primera novela, *Un asesino solitario* (publicada en la colección Andanzas, en 1999 y reimpressa en Fábula, en 2001). Elmer Mendoza, es nativo de una colonia popular en Culiacán, lugar del que hace menciones y ambientaciones comúnmente en sus obras. En noviembre de 2007 ganó el III Premio Tusquets de Novela, por decisión unánime del jurado, por su obra *Balas de plata*. En 2010 publicó el libro *La prueba del ácido*.

Jorge Moch

Escritor, periodista, historietista e ilustrador. Colabora en diversos medios impresos en el mundo. En México publica la columna “Cabezalcubo” en el suplemento de literatura del periódico *La Jornada*, y en *Milenio Diario*, la historieta de sátira política “Cuentos infernales”. Entre su obra destaca el volumen de relatos *Hijos de la clepsidra* (Premio Nacional de Literatura Efraín Huerta 2007) y la novela *Sonrisa de gato* (2006).

José Emilio Pacheco

Nació en la Ciudad de México. Su obra fue reconocida muy pronto: desde la década de los cincuenta ya figuraba en antologías al lado de los grandes poetas de Latinoamérica. Estudió en La Universidad Nacional Autónoma de México. Además de haber publicado poesía y prosa y de ejercer una magistral labor como traductor, ha trabajado como director y editor de colecciones bibliográficas y diversas publicaciones y suplementos culturales. Dirigió, con Carlos Monsiváis, el suplemento de la revista *Estaciones*; fue secretario de redacción de la *Revista de la Universidad de México*. Dirigió la colección Biblioteca del Estudiante Universitario. Ha sido docente en diversas universidades del mundo, e investigador del INAH. Entre su obra poética destaca: *Los elementos de la noche* (1963); *El reposo del fuego* (1966); *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1969); *Irás y no volverás* (1973); *Islas a la deriva* (1976); *Desde entonces* (1980); *Trabajos en el mar* (1983). Todos estos libros fueron reunidos bajo el título *Tarde o temprano*. Algunos de sus textos en prosa son: *El viento distante y otros relatos* (1963), *Morirás lejos* (1967), *El principio del placer* (1972) y *Batallas en el desierto* (1981). Ha recibido varios premios, entre ellos: Premio Nacional de Lingüística y Literatura 1992 y el José Asunción Silva al mejor libro de poemas en español publicado entre 1990 y 1995.

Ignacio Solares

Es autor de las novelas *Delirium Tremens*; *Anónimo*; *Madero, el otro* (traducida al inglés); *La noche de Ángeles* (Premio Diana Novedades, 1989); y *El gran elector*, también llevada al teatro, y por la que obtuvo el premio a la mejor obra del año otorgado por las tres asociaciones teatrales de México. En esta misma editorial publicó *Nen, la inútil* (Premio Fuentes Mares, 1996) y *Columbus* (1997). Ha sido becario de la Fundación Guggenheim y actualmente es director de Literatura de la UNAM.

**Este libro se imprimió en la Ciudad de México en
el mes de octubre de 2011.**

**El tiraje fue de 10,000 ejemplares para préstamo
a los pasajeros que viajan a bordo de Autobuses
ADO Platino y ADO GL. Es cortesía de ADO Y
EMPRESAS COORDINADAS, S.A. DE C.V. Y PARA
LEER EN LIBERTAD A.C.**

**Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.**